

151
A-C.135/6

CÍRCULO DE LA UNIÓN MERCANTIL É INDUSTRIAL
DE MADRID

CONFERENCIA

DEL

SR. D. RAMÓN NOCEDAL

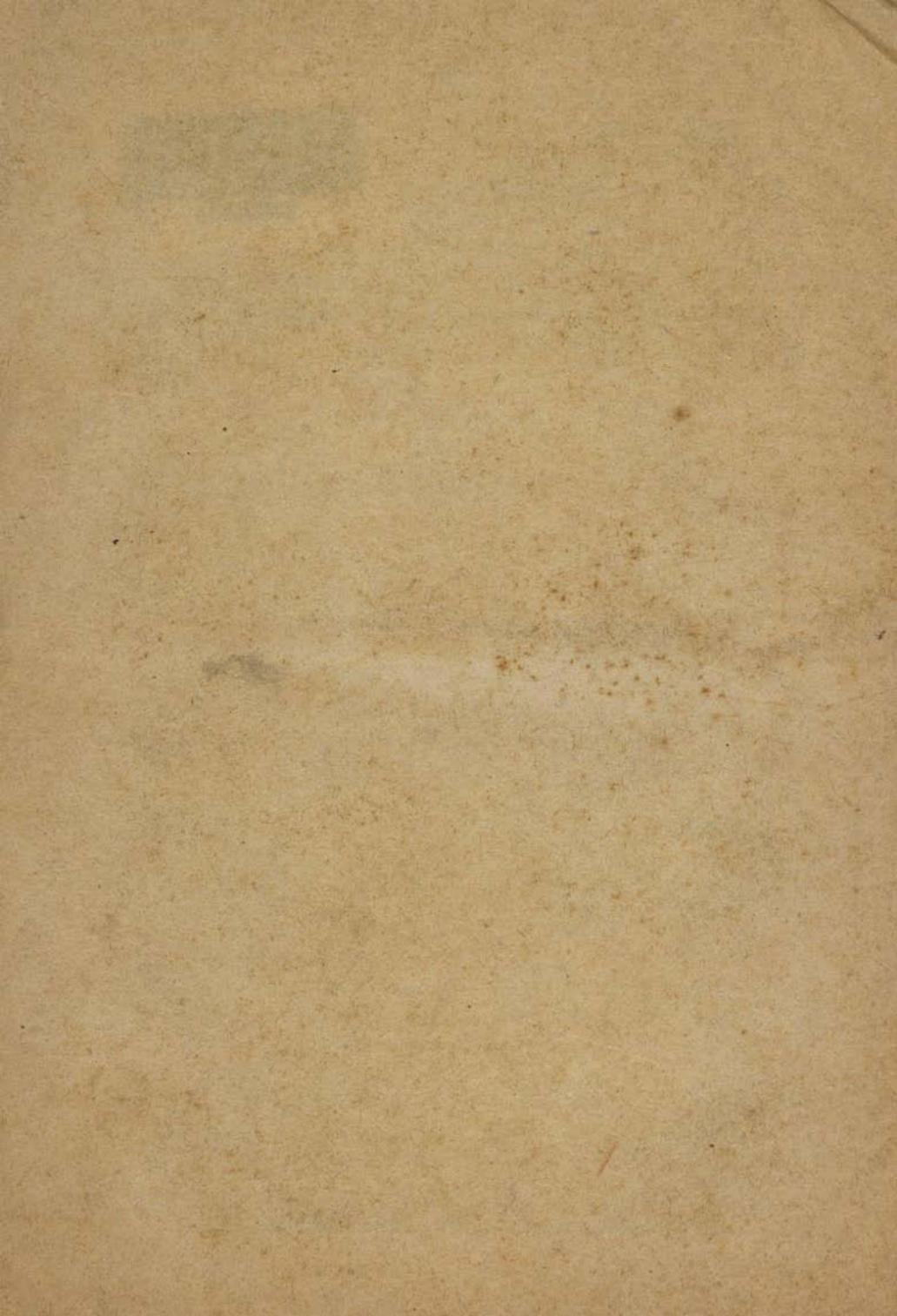
EL DÍA 23 DE MARZO DE 1900

~~~~~

**La unión nacional y la opinión pública.**



MADRID  
4059.—AVRIAL, IMPRESOR  
calle de San Bernardo, 92.  
1900



A - Caj. 135/6

CONFERENCIA  
DE  
D. RAMÓN NOCEDAL  
EL 21 DE MARZO DE 1900  
En esta sesión se acordó y se aprobó lo que sigue.

1900

De verdad os digo que no salgo de mi asombro viéndome en este lugar. Ni sé por qué me habéis traído á esta tribuna, ni adivino qué queréis ni que podéis esperar de mi. Primeramente, porque aquí suelen venir los más insignes oradores políticos á exponer sus teorías entre galas de oratoria y raudales de elocuencia; y yo no soy orador, sino un hombre de pelea, bueno, á lo sumo, para discutir y contender con el enemigo al frente; y sobre no ser orador, odio, detesto, abomino la oratoria política, hablada y escrita, porque firmemente creo, y á la vista está, que los oradores políticos han perdido á España y la están acabando de deshacer con sus despilfarros oratorios y sus derroches de elocuencia. (*Muy bien, muy bien.*) En segundo lugar, y muy principalmente, me admiro de verme aquí, porque temo que, al encomendarme este discurso, sin duda no sabéis, por la obscuridad de mi persona, quién soy, qué represento ni á qué aspiro en la política española. Y en descargo de mi conciencia, antes de entrar en materia, quiero decíroslo yo para que no os llaméis á engaño.

Yo no soy un hombre político; yo no soy un hombre de partido; yo soy un proscrito de la política. Me acompañan, es verdad, muchos y buenos amigos, con periódicos, Círculos, Juntas y organización en todas las regiones de España. Tengo un diario político y en él discuto y batallo cuanto



puedo; animo y ayudo á mis amigos en la lucha política; con mucha frecuencia hago viajes de propaganda, voy á todas partes donde me quieren oír, á exponer y defender mi política, y hablo delante de numerosas muchedumbres que, aún defendidos inhábilmente por mí, reciben y acogen con entusiasmo los principios políticos que sustento. Pero yo no soy lo que ahora se entiende por un hombre político; yo no soy un hombre de partido; yo soy un proscrito de la política.

Siendo una vez diputado y discutiendo con los republicanos, se levantó el actual presidente del Consejo de Ministros, entonces ministro de la Gobernación, á decir á los que contendían conmigo:—No discutáis con él, oíidle en silencio y sufrid con paciencia sus diatribas; solitario en su escaño es un establecimiento incómodo, es sumamente molesto oír y aguantar las cosas que nos dice; pero si le contestáis, si discutís con él será un peligro grave; porque resucitará todas las espinosas cuestiones que hemos convenido en meter á barato y dar por resueltas, y removerá los fundamentos, ya de suyo deleznales, en que descansan el juego de los partidos y todo el sistema parlamentario.—Y es claro que no pudieron callar, y todos los días se alborotaban contra mí, y el Sr. Silvela era el que primero y con más ahinco se levantaba y agotaba todos los recursos de su ingenio para contradecirme; pero á las elecciones siguientes se unieron hasta con los partidos antidinásticos para que yo no fuese diputado. Y no me pudieron derrotar; pero pudieron *embadurnarme* el acta (*Risas*), y conmigo hicieron lo que no se ha hecho con nadie en las Cortes españolas. La comisión de actas por unanimidad me declaró diputado; en la comisión, en los pasillos, en el salón de conferencias, ministros y diputados, mayoría y oposiciones decían á una voz que las trampas se habían hecho contra mí, que no había más remedio que votar por mí cuando se discutiese mi acta, que era iniquidad nunca vista retrasar un solo día mi proclamación; pero la discusión de mi acta, que no había más remedio que aprobar, se aplazó un día, se aplazó todos los días, se aplazó hasta que se cerraron las Cortes, y así pudieron

ahogar mi voz y dejarme, sin entrar, á las puertas del Congreso. (*Risas.*) En las elecciones que siguieron, luché y obtuve mayor número de votos que nunca; mas del fondo de la tierra sacaron contra mí hasta las últimas heces del censo, y ahogaron mi candidatura con torrentes de influencia moral y de billetes de Banco (*Risas*). ¿Y sabéis por qué todo eso? Pues lo vuelvo á decir, y tengo empeño en que me oigáis, porque quiero hacer simpática mi causa á los que me oyen y á todos los españoles (y entended que esto que digo de mí lo dicen también de sí todos los periódicos, todas las juntas y todos cuantos pertenecen á mi comunión): porque yo no soy un hombre político, porque yo no soy un hombre de partido, porque yo soy un proscrito de la política. Es decir, porque yo soy un español, y no soy ninguna otra cosa; soy un español, uno de tantos, uno del montón, una víctima como vosotros, que sufre como sufrís todos debajo del poder de los partidos y de su política; un español menos paciente que los demás, que digo alto lo que todos dicen bajo, y tengo un periódico, y procuro que se funden otros en todas las provincias, y estímulo á mis amigos, y vengo aquí, voy á todas partes, y hablo á las muchedumbres, para clamar y repetir lo que dije también en el Congreso en presencia y frente á frente de todos los partidos allí congregados, lo que tengo en el corazón, lo que sentís y pensáis todos lo mismo que yo: que los partidos políticos no son partidos, sino partidas de vividores políticos (*Aplausos*); que el parlamentarismo no es un instrumento de gobierno, sino una farsa (*Aplausos*), una máquina de destrucción de que se sirven los partidos para repartirse el presupuesto, y explotar y hacer pedazos á España (*Nuevos aplausos*); que los partidos que turnan hoy, como los que turnaban ayer y los que turnaron antes, han sido como pies de gigante que de tumbo en tumbo y de abismo en abismo nos han arrastrado, desde los comienzos del siglo, á la ruina en que hoy estamos; que no hay salvación posible, ni remedio ni esperanza, si no se empieza por raer y extirpar del suelo de la patria á todos los partidos políticos. (*Grandes aplausos.*) Pero no os engañéis: para mí son abominables los partidos políticos, todos

los partidos políticos; para mí no hay excepción; todos, los de hoy y los de ayer, los monárquicos y los republicanos; todos, todos los partidos políticos, desde que empezaron á existir en los albores de este siglo, todos han sido y son expoliadores, verdugos y asesinos de mi patria. (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

Dicho esto á manera de presentación que me parecía necesaria, yo no he venido aquí á hablar de mí ni de los míos; he venido y voy á hablar de vosotros como fuerza social que aparece en los horizontes de la patria; voy á hablar de vosotros como fuerza social, y política aunque no queráis, en quien hoy tienen puestos los ojos todos los españoles.

¿Quién sois? ¿Qué vais á hacer? ¿Qué significa la Unión Nacional? ¿Es luz y calor, que vienen á fertilizar y dar vida á los assolados campos de España? ¿Es fugaz meteoro y como fuego fatuo que se desvanece en los aires sin dejar rastro de sí? ¿Es nube fecunda cuyas aguas van á fertilizar la tierra agostada, ó leve vapor que brilla con los últimos reflejos del sol poniente y se obscurece y deshace con las primeras sombras de la noche? Eso no lo sé yo; eso lo sabe Dios sólo, que ve lo porvenir y lee en los corazones; eso depende de vosotros. Ni me digáis con indiferencia musulmana que depende de Dios; porque Dios deja obrar á la libertad humana, y depende de vosotros con el favor divino. Vosotros sabréis los alientos con que os ponéis á la obra; vosotros sabréis cuando menos si tenéis los ánimos que se necesitan para hacer de la Unión Nacional sol fecundo y nube vivificante, y que no se reduzca á tenue, inconsistente vapor, ó vano y fugitivo meteoro.

Mas para conjeturar la importancia que este nuevo elemento puede alcanzar, si quiere y Dios le ayuda, hay que considerar primero la sazón y circunstancias en que viene á la vida.

Nosotros estamos asistiendo á los últimos sacudimientos y consecuencias de una gran catástrofe. La catástrofe, según aquí os decía no ha mucho el Sr. Costa, empezó hace ya tiempo; según el Sr. Silvela, con palabras que el Sr. Costa

os recordaba, empezó hace muchos lustros; yo creo que todavía empezó antes de lo que uno y otro dicen; pero en fin, nosotros no hemos asistido á toda la catástrofe, hemos asistido y seguimos asistiendo á sus últimas naturales consecuencias. Y lo que nosotros hemos visto no ha podido ser más espantoso.

Todos recordáis aquellos hermosos días de movimiento y algazara, de alegría y esperanza, que parecían momentos de resurrección y de vida, en que por calles y plazas desbordaban clamorosas las muchedumbres, y los balcones y azoteas se llenaban de gente y se cubrían de vistosas colgaduras y espléndidas luminarias, y los gritos de entusiasmo atronaban los aires, mezclándose con las voces y las músicas marciales de los lucidos batallones que rebosando alegría iban á pelear por la patria. La multitud llenaba las estaciones, llenaba los puertos, se apiñaba en las cercanías, coronaba las alturas inmediatas; los soldados invadían alegremente los trenes, saltaban á los barcos, y muchos se iban para no volver, entre lágrimas y suspiros de los suyos y bendiciones de todos; los trenes arrancaban y partían los buques, empavesados y de fiesta, entre aclamaciones atronadoras, y músicas y salvas que duraban hasta que se perdían de vista; y los que se iban y los que se quedaban veían ya retoñar las proezas antiguas y las pasadas glorias; y todos soñábamos que, vencedores ó vencidos, veríamos reverdecer los laureles de Africa y de la guerra de la Independencia. ¡Con qué ansiedad, con qué afán seguíamos por la inmensidad del mar y en los mapas de Cuba y Filipinas los movimientos probables de nuestros ejércitos! ¡Con cuánta admiración seguíamos la maravillosa derrota de la escuadra de Cervera, que asombró á propios y á extraños!...

Y aquí permitidme que haga un alto, y satisfaga el ansia natural que siente el alma de hallar algo merecedor de alabanza que consuele y conforte en este horrendo tropel de horrores y desdichas; permitidme que repita algo que dije no hace mucho en otro discurso mío á mis amigos de Valencia; sinceros elogios y justísimos aplausos que se habían de esculpir en mármoles y bronces. Aquellos soldados que

veíamos marchar tan alegres á la guerra, aquellos marinos que iban tan decididos á la pelea, eran más heroicos que los héroes de Trafalgar. Los héroes de Trafalgar tenían enfrente al genio de Nelson, iban á embestir contra naves de mejores condiciones marineras que las suyas; pero ellos eran más, disponían de los elementos necesarios para el combate, y podían sucumbir, pero podían triunfar. Los soldados que salían alegres y satisfechos de nuestros puertos sabían que no llevaban caudillos capaces de conducirles á la victoria; los marinos que salieron de Cabo Verde sabían que no tenían buques con que resistir ni armas con que pelear, sabían que no habían de encontrar carbón donde lo necesitasen ni auxilio ni refuerzos en ninguna parte, sabían que los gobiernos españoles los enviaban indefensos é inermes á estrellarse sin remedio contra las formidables máquinas de guerra del enemigo, sabían que iban á morir, á morir irremisiblemente, é iban tranquilos, iban contentos, porque no eran nuestros hombres políticos, porque no eran nuestros hombres de partido, porque tenían el espíritu indomable de nuestra raza, porque eran soldados españoles. (*Ruidosos aplausos.*)

¡Y qué horrible despertar! De la noche á la mañana, cuando todavía se mantenían vivas las esperanzas, y noticias mal descifradas se convertían en vago rumor de posibles victorias, de repente, de golpe, supimos que nuestras escuadras destrozadas y ardiendo se habían hundido en el mar; que nuestros ejércitos se entregaban casi sin pelear; que habíamos perdido inútilmente tesoros de dinero que nos dejaban arruinados; que habíamos perdido á Filipinas, y á Cuba, y á Puerto Rico, todo lo que aún nos quedaba de nuestro imperio colonial; que habíamos perdido en vano la flor de nuestra juventud, más por el rigor del clima y el abandono de nuestros gobiernos que por el ímpetu del enemigo; que habían dejado de ser españoles millones y millones de hermanos nuestros y España se había reducido en la mitad de su territorio; que la catástrofe era inmensa, y mayor aún la ignominia. ¡Todo, todo perdido, y también el honor!

Esto horroriza, esto espanta; con lágrimas de sangre lo habíamos de llorar lo que nos durase la vida, los culpados

porque tuvieron la culpa, los demás porque consentimos tanto tiempo las maldades y torpezas que nos arrastraron á tanto desastre. Pero ¡ah, si esa fuera toda la desgracia! En los tristísimos días de Enrique IV estaba Castilla más reducida y miserable que la España de hoy, y del menguado reino de Enrique IV surgió en pocos años la España de los Reyes Católicos. Perdida estaba España cuando Carlos IV y Fernando VII la abandonaron torpes y cobardes á merced de Napoleón, y rindieron á sus pies cetro y corona, y se entregaron á él mendigando sus favores; cuando personajes conspicuos del nuevo partido constitucional iban á Bayona á firmar la Constitución que les dictó el tirano, precursora de la de Cádiz y comienzo del sistema en nuestra patria; y España desamparada, sin gobierno, sin jefes, sin ejército, sin dinero, hizo frente al usurpador, le rechazó y salvó á Europa con la portentosa guerra de la Independencia. España se crece en los reveses, se agiganta en las catástrofes; ahogada en sangre por Leovigildo nació grande y poderosa en los Concilios Toledanos; acorralada por los moros en Covadonga y el Pirineo renació más grande aún y llegó á ser la señora del mundo. Si todo el mal se redujese á las tremendas derrotas que hemos sufrido en Ultramar, con ser el daño tal que no tiene medida, aún habría esperanza fundada de próxima redención para la patria.

Pero al recogerlos á considerar la extensión de nuestras desdichas y ver lo que nos rodea, los ojos se anublan y desfallece el corazón. Porque hemos perdido cuanto teníamos más allá de los mares, hemos acabado de perder el inmenso territorio colonial que en mejores días dilataba á España y la hacía poderosa en las cinco partes del mundo; ya antes nos habíamos dejado ganar lo que debía ser nuestro en nuestras propias costas de Occidente, y en la entrada del Mediterráneo y llave del Estrecho, y en las costas africanas; nos hemos dejado cercar y bloquear en nuestra propia casa por las demás naciones; pero en lo que aún tenemos por nuestro ¿qué nos resta? ¿Qué nos resta en este trozo reducido y merchado de la península? No hablo ahora de ese pedazo de Iberia que se llama Portugal y que debía ser España; no hablo

de ese otro pedazo de nuestro territorio, Gibraltar, que se confió en depósito á Inglaterra y ella hace suyo y detenta como si lo hubiese ganado por derecho de conquista; solamente quiero hablar de lo que todavía conserva en el mapa oficial de Europa los colores españoles. En ese truncado y mutilado pedazo de tierra que todavía se llama España, ¿qué nos queda?

¿El subsuelo? Casi todas las minas, riqueza inmensa de este país, son de empresas extranjeras. ¿Los ferrocarriles? Casi todos son de empresas extranjeras, que con su influencia incontrastable llevan los trazados por donde quieren, llevan la vida á donde les conviene, impiden la construcción de otras líneas favorables á los pueblos si han de competir con las suyas, y subordinan á su interés el transporte de nuestras mercancías, nuestras legítimas ganancias, y aun las vidas de los viajeros. ¿Las grandes empresas, las únicas que todavía producen pingües ganancias? Casi todas son empresas extranjeras: seguros de todo género, tranvías de toda especie y en todas partes, toda suerte de Bancos, casas de giro... Capitales ingleses, franceses, alemanes, americanos, ó protestantes ó judíos, sin contar los repetidos y cuantiosos y abrumadores empréstitos extranjeros, que no vienen á formar parte integrante de nuestra riqueza nacional y aumentarla y difundirla en España; que, al contrario, vienen como colosales vampiros á chuparnos la sangre, á empobrecernos, á arruinarnos, á extraer la riqueza de nuestra nación y llevársela á otras naciones. ¿Qué nos queda? ¿Los campos? ¿La agricultura? Por momentos se destruye, y cada día nos queda menos. Todos los años emigran á miles los propietarios que tienen que abandonar sus haciendas por falta de medios para cultivarlas y pagar sus tributos, y los jornaleros que no hallan trabajo ni manera de vivir; todos los años, á cientos y á miles, se venden en pública subasta las tierras y fincas de nuestros labradores, y muchas que no tienen licitadores y se convierten en baldíos y desiertos eriazos. Cada día es menor el territorio útil y productivo y poblado en España; en extensísimas comarcas, especialmente tierra adentro, las fincas, raras y aisladas, parecen oasis perdidos en la

inmensidad del desierto; año á año y día á día se va reduciendo más y más España, porque si no se estrechan sus límites, se hace inútil y es como si no fuera gran parte de su territorio. ¿Qué nos queda? ¿El dinero que guardáis en vuestras arcas? ¿El dinero que tenéis en el bolsillo? ¡Desdichados! ¡Ese dinero no es vuestro; ese dinero es de Villaverde! (*Aplausos.*) Y no os molestéis en idear nuevas industrias; no os canséis en buscar nuevas fuentes de riqueza; en cuanto brota una fuente de riqueza allí está el fisco para ahogarla. (*Nuevos aplausos.*)

Dilapidados los inmensos tesoros de la desamortización; derrochados tesoros y más tesoros en uno y otro presupuesto, en uno y otro empréstito; exhausta la hacienda pública, agotado el patrimonio nacional, esquilmada la nación en sus bienes comunales y en sus bienes particulares; convertidos los servicios públicos en presa y botín de los partidos que se los reparten y disfrutan; en España todavía pueden vivir los políticos, los caciques, los que tienen influencia para ocultar su riqueza y no tributar, los contratistas amigos del que manda, las grandes empresas que tienen á sueldo á los jefes de los partidos: los que no pueden vivir aquí son los españoles. Salid de esta populosa ciudad resplandeciente de luces, llena de tiendas, y teatros, y cafés, y espléndidos paseos, y magníficos palacios, y placeres continuos y lujo deslumbrador; recorred los pueblos de nuestras provincias, sobre todo de esta provincia y de las provincias centrales de España, y veréis lo que es miseria; y veréis cómo sus pobres moradores, hambrientos, rotos, mal vestidos y peor alojados en ruines y desabrigadas viviendas, os miran con terror y huyen despavoridos, temiendo si seréis parte ó cabeza de las cuadrillas devastadoras de recaudadores que todos los trimestres caen sobre ellos, como manadas de lobos ó nubes de langosta, á embargarlos, á saquearlos, sin perdonarles los aperos de labrar, ni las mismas tierras que labran, ni lo más necesario para el abrigo y sustento. Y no es lo más triste que les quiten lo preciso para vivir; es que á más de la material miseria, viven en tanto abandono y en tal miseria intelectual y moral, que muchos pueblos de España parecen

ya más bárbaros y salvajes que los cafres y los zulús africanos. Ni es menester que salgáis de Madrid. Dejad un momento los barrios donde viven los ricos entre goces y regalos; id á los barrios bajos, penetrad en sus inmundos tugurios. ¡Horrible contraste! ¡Espectáculo desgarrador! ¡Ah! Cada vez que veo llevar maniatado entre guardias y encerrar en la cárcel á un infeliz *ratilla* por haber robado un pañuelo ó un reloj, mientras tantos se pasean en lujosos carruajes y habitan palacios y viven con boato porque no han robado pañuelos ni relojes, sino millones y millones, y pedazos del territorio, y las entrañas y el alma de la nación española (*¡Bravo, bravo! Grandes aplausos*); cuando voy por esos barrios miserables y veo á esas desdichadas criaturas que ni conocen el catecismo, ni tienen noticia de Dios, ni idea de la moral, ni saben para qué han sido creados y vienen al mundo los hombres, y desde que abren los ojos á la luz y tienen uso de razón sólo aprenden á blasfemar, á pedir y á robar, me horroriza pensar en lo que han de ser, y me espanta que los lleven á presidio, á aprender nuevas maldades, por culpas que, más que suyas, son de la sociedad egoísta, escéptica y criminal que los tiene abandonados. (*Ruidosos aplausos.*)

¿Adónde volver los ojos? ¿A las generaciones venideras? Las pobres, ya véis lo que tienen que ser. ¿Las bien acomodadas? ¿Las que se forman en las universidades, en los institutos? Esto no quiero decirlo yo; esto lo dijo un día en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el Sr. Gos-Gayón, tantas veces ministro de Hacienda y de Gracia y Justicia; esto lo dijo el Sr. Linares Rivas, tantas veces ministro de Gracia y Justicia y de Fomento; esto lo dice el Sr. Pi y Margall; esto lo vemos todos: esos órganos de Móstoles, donde se enseña á presumir de todo y á no saber de nada; donde cada catedrático procura vender sus libros, propagar sus doctrinas, desacreditar las contrarias, y entre todos confunden y enloquecen á la juventud; donde se muestran y pasan por delante de los ojos, como vistoso panorama de cuadros disolventes, las asignaturas á docenas, las ideas inconexas y en montón, y revueltas y enredadas cuantas opiniones y

contradicciones y extravagancias ha imaginado la humana locura, hasta henchir de dudas los entendimientos, de vanidad los corazones, y embotar la razón y desquiciar para siempre la facultad de pensar y discurrir; esos institutos, esas universidades y escuelas, efecto y causa de nuestro abatimiento intelectual y moral, manantial perenne de confusión y desórden, todos los años arrojan sobre nosotros legiones petulantes é ignaras de abogados que nunca han de tener pleitos, de médicos que nunca han de tener enfermos, de parásitos á quien Cos-Gayón y Linares Rivas atribuían en gran parte, y con razón, los trastornos políticos de este siglo; y que, en efecto, ó se hundan en la miseria aumentando el malestar general, ó se esparcen por los pueblos á vivir y medrar agitándolos y revolviéndolos, ó se alistan en los partidos políticos y se encaraman á las redacciones de los periódicos, para asaltar los destinos públicos, y vivir sobre el país, ó en turnos pacíficos ó con revoluciones cruentas.

Así se prepara lo porvenir, esa es la esperanza de la patria. Por ahora la ruina, la miseria, la enervación, el envilecimiento, y un pueblo degenerado, sin fe, sin razón, dividido y fraccionado en mil confusiones y odios de partido y de escuela, de intereses y de clases: que eso es, como advierten las Partidas, la mayor señal y el principal cuidado de todo gobierno tiránico, hacer su pro aunque sea en daño de la tierra, y procurar que los del pueblo, quebrantados y entontecidos, hayan desamor entre sí para que no le puedan turbar en el goce de sus tiranías. Y para sacarnos del abismo y regenerarnos, las mismas banderías, con los mismos hombres y las mismas ideas y el mismo sistema con que nos hundieron en él. Hoy rendidos, deshechos y humillados; mañana, ¿qué será mañana de esta pobre nación?

Cuando un pueblo llega á ese estado, el instinto de conservación de las muchedumbres, que desorganizadas y sin dirección se sienten incapaces de salvarse á sí mismas, busca ansioso, como el náufrago, una tabla de salvación, y pide al cielo un hombre que las salve. Y aquí, en efecto, todos lo habéis visto y oído, hasta que han acabado de desacreditarse

y mostrarse cuales son todos nuestros generales y todos nuestros políticos, el ansia común era que apareciese, y la ilusión de muchos llegó hasta designar más de una vez, el hombre, la espada que nos había de salvar.

Y no niego yo que á veces la misericordia divina envía hombres extraordinarios, mártires y apóstoles que, en el orden moral, con el fuego de su palabra y el resplandor de sus virtudes, despiertan á los corazones aletargados y convierten á los pueblos corrompidos. En esos dictadores creo yo. Así se salvan los pueblos; así salieron de las sombras de muerte en que estaban, y se constituyeron en verdad y justicia, y crearon organismos sanos y robustos, y tuvieron gobiernos fuertes y gloriosos. Y de tales pueblos brotan los grandes gobiernos: así, nuestros grandes reyes nacieron de las entrañas de la patria, se formaron á su imagen y semejanza, con las mismas creencias, las mismas aspiraciones y los mismos sentimientos del pueblo español; y fueron los reyes más grandes del mundo porque fueron encarnación y personificación del pueblo más grande de la tierra.

Pero digo que, en el orden político y por los términos naturales, de los pueblos corrompidos difícilmente pueden brotar más que ambiciones, codicias y dictaduras de corrupción. Y añado que no recuerdo en la historia del mundo ningún dictador que salvase á ningún pueblo ni fundase nada sólido y permanente. Los más grandes de que hay memoria fueron Alejandro, César, Napoleón. Alejandro, señor de Macedonia, se hizo dueño de Tracia y Grecia, de Egipto, de toda el Asia menor y parte del Asia mayor; fué grande como pocos; pero á su muerte su obra se deshizo como castillo de naipes. Grande fué César; al imperio colosal que se extendía del Mediterráneo al mar Egeo y del mar Hircano al mar Rojo, añadió sus conquistas en España y en las Galias; Roma le adoró como un semidiós; murió á manos de asesinos, y con él cayó su obra: la restauración de Octavio duró lo que su vida. Napoleón fué grande, venció á Europa, trastornó al mundo; la Providencia de Dios, más que Inglaterra, le encadenó en Santa Elena, y su obra vino al suelo, y Francia quedó conturbada y convulsa, hasta el día de hoy. Y esto sucede

cuando el dictador es Alejandro, ó es César, ó es Napoleón. Pero aquí, entre nuestros políticos y generales, ¿me queréis decir cuál es Napoleón, dónde está César, quién es Alejandro? (*Risas y aplausos.*) El ejército unido y compacto, desengañado de las farsas y errores de la política, movido por el espíritu español, habría podido salvarnos; pero perdida la esperanza del ejército, los partidos eran los únicos que podían tener fuerza para establecer la dictadura; el dictador habría brotado de la corrupción de los partidos, la dictadura hubiera sido la misma corrupción que nos está devorando, con más la fuerza que la dictadura le añadiese. Por eso á mí me espantaba la idea del dictador; por eso no perdonaba ocasión de decir á mis amigos, y á cuantos oían mis discursos:—si España quiere salvarse es menester que ella se salve, no pidáis un hombre, pedid hombres, pedid que los españoles peleen como hombres, pedid que las regiones, los pueblos, las clases sociales sacudan el marasmo en que están, y se decidan á usar de sus derechos, á defender sus intereses, á sacudir el yugo y acabar con la insufrible dictadura de los partidos.—Y por eso al ver que las regiones se conmovían, y empezaban á moverse las Cámaras Agrícolas y las de Comercio y los gremios industriales; que “los representantes de los intereses vitales de la nación querían ser oídos en los consejos del Estado,” como decía *Le Temps* explicando este movimiento; y clamaban en Zaragoza, y clamaban en Valladolid, y resistían en Barcelona, y organizaban la Unión Nacional; aun antes de estudiar sus conclusiones, sin más que advertir estas señales de vida, pensé:—¡Aún hay esperanza; aún puede haber salvación; aún hay patria! —¿Piensa lo mismo que yo la opinión pública?

No necesito deciros, porque bien lo sabéis, que hay dos especies de opinión pública. Es una la que se forja en el salón de conferencias, en los pasillos del Congreso, en los círculos políticos, y por medio de sus periódicos grita, alborota y se extiende á los cuatro vientos por todos los ámbitos y hasta los últimos rincones de España. Esa opinión pública, no lo puedo negar, hasta ahora os es adversa. Pero no me lo ne-

guéis tampoco vosotros: lo que diga esa opinión pública, así lo presumo yo juzgando piadosamente, os importará un bledo. (*Risas.*) Mas ya que con ella tropiezo en el curso de este deslavazado discurso, algo quiero decir del principal argumento que he leído en los órganos de esa opinión pública contra la Unión Nacional.

Dicen de la Unión Nacional que no puede ser cosa formal y grave, porque se contradice. Y hay que confesar que, á primera vista, no les falta razón para decirlo. Porque unas veces dicen vuestros oradores y caudillos: "Nosotros no tenemos ni queremos tener nada que ver con la política; nosotros no somos ni queremos ser un partido." Pero otras veces vuestros caudillos y oradores dicen: "Nosotros constituimos un verdadero partido; y lo hemos constituido única y exclusivamente para influir en la política." Y los que se llaman órganos de la opinión pública os dicen con algazara y chacota: "Vosotros variáis, no sabéis lo que queréis y no podéis hacer nada, porque sois una contradicción viva." En lo cual hay un sofisma burdo y grosero, que consiste en un equívoco, que se reduce á un juego de palabras, y que quiero deshacer en interés vuestro y mío; porque también yo sustentó una causa política, también yo pertenezco á un partido, y también yo digo, y digo con mucha razón, que abomino de la política y de todos sus partidos.

¿Qué es política? ¿Qué son los partidos? En el lenguaje usual y corriente lo que hoy se entiende por política es el juego de los partidos, del cual decía mi padre hace ya años en el Congreso que debía incluirse y penarse en el Código entre los juegos prohibidos. (*Risas y aplausos.*) Hoy la política es el juego de los partidos; es el turno más ó menos pacífico en el disfrute del poder y el presupuesto; es la incessante y alborotada lucha por la cartera y el empleo; es el continuo *quítate tú para ponerme yo*; es el reparto de la hacienda pública entre los deudos, amigos y paniaguados; es el conjunto de horrores, de errores é iniquidades con que los partidos han convertido á España en botín de suizos y merienda de negros. Y la Unión Nacional dice, y dice muy bien, y yo lo aplaudo y digo lo propio, y España entera lo

aplaude, que nada tiene que ver con semejante política. ¿Qué ha de tener que ver con esa política si precisamente declara que se ha formado para ver si acaba con ella? Pero en español castizo, política es el arte de gobernar á los pueblos, mantenerlos en paz y justicia y procurar su prosperidad. ¿Y cómo no ha de querer la Unión Nacional esta política? Aunque no quisiera, ¿qué ciudadano, gobernante ó gobernado, se puede sustraer á esta política que nos mantiene en sociedad? Y es claro que si viene á protestar y luchar contra el juego prohibido, contra el desorden crónico, contra la ambición y las codicias, contra los errores y maldades, en suma, contra la política de los partidos, por el mismo caso profesa y no puede menos de profesar, sustentar y defender esta otra política.

Hoy por partidos se entienden esos enjambres de parásitos, esas partidas de vividores que hacen de la política un negocio, de los parlamentos y ministerios lonjas de contratación, y se alimentan con la sangre de los pueblos, y medran con las desdichas, y se enriquecen con la ruina de la nación; y la Unión Nacional clama y protesta que no quiere ser un partido de esos, que de ningún modo quiere ser confundida ni siquiera comparada con tales partidos. Pero el diccionario de la lengua llama partido á toda parcialidad ó coligación entre los que siguen una opinión ó interés; y en esa acepción la Unión Nacional es un partido desde el momento en que sus miembros se coligan con la opinión unánime y el interés supremo, suyo y de la patria, de acabar de una vez y para siempre con todos los partidos. (*Aplausos.*) No hay, pues, semejante contradicción. Lo que hay es que la astucia de los partidos, viejos y marrajos, quiere ver si aturden á este partido nuevo, á quien juzgan inocente y candoroso porque está recién nacido.

Pero esa opinión pública ni os importa á vosotros ni á mí me importa. Y la verdadera opinión pública, el juicio y sentir del pueblo español no debe llamarse así; porque, sobre no ser muy propio ni muy castizo, es nombre desacreditado y que suena mal, por el uso y el abuso que de él hacen los par-



tidos políticos: digamos más propiamente la conciencia pública, la conciencia nacional. ¿Qué juzga, qué cree, qué espera de la Unión Nacional la conciencia pública? Pues como yo no pertenezco á vuestra asociación, y delante de mí hablan de ella con libertad, y trato con mucha gente, tengo noticias seguras; y con toda seguridad puedo deciros que á la conciencia pública le sucede con la Unión Nacional lo que indudablemente le está sucediendo á cualquier amigo mío que me quiera de verdad y me esté escuchando: que está deseando que lo haga muy bien, y está temiendo que se me vaya el santo al cielo y lo haga muy mal. (*Risas.*) Y eso le pasa á la conciencia pública con la Unión Nacional, y me pasa á mí, y nos pasa á todos; y yo sospecho, sospecho que á ella misma le está pasando lo propio. (*Risas.*)

Hasta ahora, ¿qué hace la Unión? Protestar contra las exacciones injustas, pedir que se abaraten los tributos y se mejoren los servicios: noble empeño, obra plausible en que todos los españoles deben apoyar y ayudar á la Unión Nacional. Pero, ¿eso basta? Si la Unión Nacional se limita á eso y de ahí no sale, ¿conseguirá algo, conseguirá siquiera eso que se propone? Si toda su acción se reduce á pedir, á reclamar, á redactar mensajes, á organizar manifestaciones, á decretar cierres de tiendas, á esperar á que los ministros se convenzan y la hagan caso, la Unión Nacional se condena á una vida de trabajo y movimiento continuos y de escasos resultados; la Unión Nacional se condena á vivir perpetuamente pidiendo y reclamando á este gobierno y á todos los gobiernos y á todos los partidos; la Unión Nacional entabla una lucha perdurable, pasiva y poco menos que platónica, en que es posible que alguna vez y en tal ó cual concesión insignificante y pasajera salga vencedora, en que es seguro que muchas veces saldrá vencida, en que es probable, sólo quiero decir probable, que alguna vez salga engañada. Porque de nadie se debe pensar mal sin fundado motivo; pero cabe en lo posible que alguna vez algún gobierno, por no oírla y aquietarla, se divierta y la entretenga con promesas y más promesas sin ánimo de cumplirlas, aplazándolas con pretextos, que nunca faltan, hasta caer del ministerio (*Risas*);

y no digo que pase nunca, esto no puede pasar entre personas formales, pero por vía de hipótesis se puede suponer algún partido ó fracción que no tenga fuerzas para triunfar, que os prometa el oro y el moro para que le ayudéis con las vuestras, que tome á la Unión Nacional por escabel y trampolín para subir y, ya en lo alto del poder, con un pie dé al trampolín, con otro al escabel, y no vuelva á acordarse de sus promesas, ó por lo menos de cumplirlas. ¿Notenéis noticia ni sospecha de que esto pueda haber sucedido alguna vez? (*Risas.*) Añadid á eso que cuando vuestras manifestaciones puedan tener alguna eficacia, por poca que sea, se prohibirán vuestras manifestaciones; que si queréis forzar la máquina y acudís á las resistencias más pacíficas y legales, sucederá que se anticiparán los de aquí ó se retrasarán los de allá, como ya os ha sucedido, y se deslucirá la resistencia; ó cuando éstos se muestren más decididos, aquéllos retrocederán asustados del embargo, á los otros espantará la amenaza de la cárcel, condición natural de las personas honradas y pacíficas. Y aunque, por caso imposible, lograsedis resistencias universales y heroicas, los gobiernos disponen de las vías de apremio, de los tribunales y de la fuerza pública.

Yo no he venido aquí á lisonjearos, sino á deciros lo que la conciencia pública juzga de vosotros; y el juicio público es, y vosotros no lo dudáis porque la cosa es patente, que si la Unión Nacional no hace más que eso, molestará á los partidos unos días ó unas semanas, dará que hablar unos meses, pero al fin será vencida, y lo que es más triste, será completamente olvidada. Si la Unión Nacional ha de hacer algo, si no quiere desaprovechar la ocasión que se le brinda y las fuerzas que sus circunstancias la ofrecen, si quiere responder á lo que España exige de quien tenga medios y ocasión de hacerlo, si quiere atraer y reunir y llevar consigo todas las fuerzas vivas de esta nación, es menester que la Unión Nacional no sea una fuerza meramente pasiva, y se resuelva á ser una fuerza verdaderamente activa; es preciso que no se limite á ser simplemente un elemento de resistencia, sino de ataque y de triunfo; es menester que se decida á entrar resueltamente en batalla, á dar toda la batalla, la batalla en

toda la línea; es preciso que haga frente valerosamente al mal, con resolución inquebrantable de acabar con él y extirparlo. Ni basta destruir, hay que reconstituir después; y es preciso que si la Unión Nacional aspira al triunfo, y Dios la ayuda, el día de la victoria no se vea envuelta en el caos, incapaz de resolver el problema y restaurar y afirmar el edificio en sólidos cimientos. Aun para la lucha, para aunar las fuerzas, para reclutar el ejército, la conciencia nacional necesita saber qué se quiere, á dónde se va y por qué caminos; hace falta un programa, y un programa completo.

Y en otros puntos podrá haber discusión, pero en este la opinión es unánime. España no quiere; España no tiene fuerza ni alientos para sufrir nuevas revoluciones, guerras, motines ni asonadas; la conciencia pública, y más aún la prostración y el aniquilamiento nacional, rechaza y condena los medios revolucionarios, que podrían completar su ruina y acabar con el resto de territorio, la independencia ó la escasa y pobre vida que aún le resta. Pero quiere que el primer artículo del programa nacional y el grito unánime de sus buenos hijos sea éste: justicia, y justicia inflexible, y justicia en todo y para todos. Justicia para arrojar del poder á los partidos que le detentan; justicia para arrojar de la vida pública y arrancar el monopolio político á todas las banderías que están destrozando y devorando las entrañas de la patria; justicia para dar á cada uno su merecido, y que todos, los grandes como los chicos, paguen lo que deben y purguen los delitos que han cometido; justicia para que el traidor á la patria, y el administrador infiel, y el malversador de los caudales públicos, y el perturbador del orden, y el que desquicia y arruina á la nación, y roba millones, entiendan y experimenten que los patíbulos y presidios no se han hecho solamente para los golfos y los ratas que no tienen recomendación. (*Aplausos.*) Y si en las grandes solemnidades es conveniente ó edificante indultar á un reo, sea indultado el infeliz que asaltó una casa ó robó en un camino impulsado por el hambre, por la educación depravada, por las ideas perversas, por el abandono espantoso á que le condenó esta sociedad sin Dios ni conciencia; y vayan á presidio ó á la

horca, que alguna vez han de ir y mayores crímenes suelen cometer, los que visten de frac, los que lucen uniformes, los que ostentan grandes cruces, fajas, bandas ó entorchados. (*Grandes aplausos.*)

*Una voz.*—¿Y quién los lleva?

*El Sr. Nocedal.*—Hoy nadie, seguramente; ellos son los que pueden llevarnos á nosotros. Pero si la Unión Nacional no se ha formado ni tiene alientos ni cuenta con medios para crecer y medrar y luchar hasta ser más fuerte que ellos, y acabar con sus maldades, y poderlos llevar á la horca y á presidio, según sus merecimientos, no nos cansemos en balde, y disuélvase ahora mismo la Unión Nacional. (*Murmillos de aprobación.*)

Pero no nos engañemos; el mal está más hondo que todo eso. El mal está en los hombres ciertamente, y por eso lo primero es dar al traste con todos los partidos que están deshonrando y deshaciendo á la patria, y aplicar á cada cual la pena que mereciere, para satisfacción de la justicia y ejemplo de los hombres; pero á más de eso hay que descubrir y raer y extirpar la raíz del mal y el espíritu que lo informa; si no los hombres de mañana serán como los de hoy, y nuestras desdichas mayores de día en día. Decís, y tenéis razón, que es preciso reformar los servicios; y la conciencia pública responde que sí, que es menester y corre prisa reformar los servicios, pero que sobre todo es necesario y urgente variar radicalmente el sistema. Si acabáis con los partidos actuales, si rechazáis á los hombres que los mueven y dirigen, pero dejáis sus doctrinas, conserváis su espíritu y queda en pie su sistema, no haréis más que mudar de nombres; vendrán de refresco otros partidos nuevos á continuar la obra, y traerán otros hombres, si no son los mismos, que serán iguales, si no son peores. No quisiera molestaros (*Voces: ¡No! ¡No!*); pero si todavía no os he cansado, hacedme el favor de prestarme un poco de atención, que el asunto lo merece.

La tradición española, nuestro derecho tradicional, nuestra constitución secular eran, más que los de ningún otro



pueblo, verdaderamente libres, populares y democráticos.

En España no fué nunca la monarquía absolutamente electiva, pues, mientras rigió la elección, los electores se reducían á determinadas clases y los elegibles á unas cuantas familias. Pero, hasta el siglo pasado, tampoco fué nunca rigurosamente hereditaria, porque jamás la sucesión fué del todo independiente del consentimiento del pueblo. Para evitarse los trastornos, las revueltas y los tumultos inherentes á la elección, aun reducida y limitada, y atajar las ambiciones, las codicias y los daños que de ella proceden, fueron consintiendo los reinos que los hijos sucedieran á los padres y la monarquía se perpetuara en un linaje; pero á reserva de acudir á la elección cada y cuando lo pedían la necesidad ó la pro común: con que se juntaban todas las ventajas y se obviaban todos los inconvenientes, cuanto es posible en lo humano, de la herencia á tantos daños sujeta y de la elección preñada de peligros. Así cuando D. Sancho el Noble fué despeñado traidoramente en Peñalen por sus hermanos que le querían heredar, dejando á sus hijos niños y á todos sus deudos sospechosos de complicidad en el crimen, los navarros prescindieron de los príncipes huérfanos por su poca edad, rechazaron á sus tíos por su maldad, y tomaron por rey al de Aragón. Así, cuando D. Alfonso el Batallador dejó por testamento su corona á los templarios, Aragón y Navarra, que á la sazón eran un reino, rompieron el testamento que con razón tuvieron por desatinado, se separaron por no hallar candidato que á todos satisficiese, y cada reino eligió el rey más de su gusto. Así cuando murió D. Sancho el Fuerte, después de adoptar por hijo y nombrar sucesor suyo á don Jaime el Conquistador, los navarros se opusieron y dieron la corona á un sobrino del rey difunto; con mal acuerdo, pues impedían la unión de los dos reinos y perdían rey tan grande como D. Jaime, pero al fin usando de su derecho. Así á la muerte de D. Martín el Humano hubo catorce pretendientes que en seguida empuñaron las armas y allegaron las mesnadas y aliados que pudieron para ganar á viva fuerza la corona de Aragón; mas se reunieron las Cortes de Aragón, Valencia y Cataluña y declararon que sobre ellas no reinaría el

que más pudiese, sino el que ellas quisieran; y para ahorrar debates y barullo, inevitables cuando la gente es mucha, encomendaron la elección á nueve jueces, los cuales no eligieron ciertamente al que ostentaba mejores títulos genealógicos, que era D. Jaime de Urgel, y tras ese el duque de Gandía, descendientes por línea de varón de la prosapia de los reyes aragoneses, sino al que más les convenía, al que ya en Castilla había mostrado ser buen gobernante y en la guerra con los moros valeroso y experto caudillo, al infante don Fernando el de Antequera. Así en Castilla, á la muerte de D. Pedro el Cruel, asesinado vilmente por su hermano, harto el reino de guerras y disturbios no quiso más revueltas y dejó reinar al bastardo de Trastamara; y Enrique II, con toda su bastardía, su abominable traición y el crimen de fratricidio, y su hijo, y su nieto, fueron reyes legitimados por el consentimiento del reino. En el pleito entre D.<sup>a</sup> Isabel y la Beltraneja no sé yo de parte de quién estaban las ventajas del nacimiento, y si lo sé no es ahora ocasión de discutirlo; lo que sé es que Castilla aclamó á D.<sup>a</sup> Isabel la Católica, y la grandeza de los sucesos, el esplendor de sus obras y el constante favor de Dios, no los títulos genealógicos, sancionaron el acierto y la legitimidad del popular consentimiento.

Y lo mismo que con la sucesión del trono pasaba en la legislación. Las leyes se hacían en Cortes; el rey al subir al trono las juraba, y no las podía derogar ni mudar, ni tocar á las libertades y derechos de los pueblos sin su consentimiento. Era el rey quien legislaba y daba fuerza á la ley, pero á petición del pueblo y con su acuerdo; las más de las veces los mismos procuradores redactaban las leyes que les convenían, ó los jurisconsultos, peritos y hombres sabios y experimentados que ellos indicaban ó aceptaban; y en ningún caso y de ningún modo podía el rey suprimir ni alterar sus fueros ni franquicias sin la venia popular, so pena de ser perjuro, quebrantar el pacto por ambas partes sagrado y hacerse indigno de reinar. Ni el derecho de conquista imaginaban los reyes de entonces que les permitía legislar á su antojo ni mudar por su sola voluntad las leyes de un pueblo: así á Fernando el Católico no se le ocurrió jamás que pu-

diera entrar en Pamplona sin jurar antes, como juró respetar, cumplir y hacer guardar los fueros de Navarra.

Y los reyes estaban obligados á dar su vida y su hacienda, salud y descanso, y aun á sacrificar los afectos más íntimos del corazón, libres en cualquier otro, cuando contraían matrimonio verbigracia, por el bien de sus pueblos: para eso eran reyes. Los grandes señores estaban obligados á acudir con su hacienda, su familia, sus mesnadas y sus propias personas cuando el rey los llamaba á pelear por la patria; los grandes señores acudían al alivio del pueblo necesitado con sus tesoros en las grandes calamidades públicas, y con sus fundaciones y obras pías en las necesidades ordinarias: para eso eran grandes y señores. Para los sacrificios de los reyes y los magnates no había ley ni otra medida que el honor de su linaje que les obligaba al heroísmo, é infamaba y condenaba á la ignominia á quien mermaba ó regateaba siquiera los deberes que imponen la majestad y grandeza. Pero el pueblo, los pecheros, no pechaban sino lo que querían y determinaban ellos mismos; y ellos y sólo ellos, representados con poderes limitados y precisos por sus procuradores, votaban los tributos. El rey pedía lo que necesitaba ó quería para sus empresas, y los pueblos se lo concedían ó se lo negaban, ó le daban lo que podían ó querían, y para las empresas que les parecían bien. Y cuando el brazo popular de las Cortes no consentía que se mudase una ley, ó negaba algún impuesto, los ministros no dimitían, el rey no abdicaba ni se ofendía; y aunque se llamase Carlos V y fuera señor del reino más dilatado y el imperio más poderoso que ha habido en el mundo, se acomodaba á la voluntad y los derechos del pueblo, y procuraba reinar lo mejor que podía con los medios que él le daba. De suerte que el rey era verdadero rey; el rey gobernaba, el rey legislaba; pero con el acuerdo, con el concurso, con el consentimiento y á gusto del pueblo; al cual, además, por inmemorial costumbre que luego fué ley escrita, había de convocar y reunir en Cortes y consultar y oír en todos los casos arduos que se ofreciesen.

Y había algo que importaba más que todo; había que el pueblo no era montón de polvo inconsistente ó de arenas

disgregadas que hubieran de ir y venir en remolinos con cualquiera viento que soplara. Los reyes eran reyes de verdad y tenían para el bien poder y atribuciones que ya no suelen tener los reyes; pero no podían manejar á los hombres como á rebaños; no gobernaban manadas de ciudadanos aislados, indefensos é inermes; regían á una nación organizada; gobernaban con organismos robustos y poderosos á quien no se podía atropellar impunemente. Los municipios con sus leyes y libertades propias, que el rey juraba y tenía que cumplir; las regiones con sus respectivos fueros y franquicias, que el rey juraba y tenía que guardar; los gremios con sus reglamentos y derechos que los hacían tan poderosos como las familias más altas y privilegiadas; las universidades, las obras pías, las comunidades, las instituciones todas en que estaban repartidas las diversas clases y todos los elementos sociales, eran fuerzas vivas, eran organismos poderosos con tradiciones arraigadas, creencias firmes, sanas doctrinas y espíritu fecundo, que vigorizaban la acción política, resolvían los problemas económicos hoy insolubles, robustecían la vida nacional; y de ellos podían los reyes disponer sin dificultad ni esfuerzo para la pro común, pero no en su daño.

¡No hay felicidad para siempre asegurada en esta vida! Hubó un día fatal, día de luto, triste y perpetuamente memorable, en que acabó de decidirse contra nosotros la lucha secular y titánica de España y Francia por la preponderancia en Europa, donde tanto tiempo y con tanta gloria habíamos sido vencedores; y ese día, sobre toda ponderación funesto y desastroso, fué aquel en que Luis XIV logró sentar en el trono de España á un vástago de su stirpe. El nieto de Luis XIV no nos trajo solamente ministros y generales, y aun los *abates* y damiselas de la corte de su abuelo, y el tropel de aventureros, arbitristas, negociantes y logreros de Francia y otras naciones que cayeron sobre la nuestra como sobre país conquistado; con él no sólo perdimos nuestras posesiones de Europa, y en España á Menorca y Gibraltar, y los tesoros de dinero y de sangre generosa que nos costó la guerra de sucesión; con él vinieron todas las ideas y pasiones,



todos los errores y primeros gérmenes de la revolución que más tarde asoló á Francia y á España; y él nos trajo aquella soberbia y monstruosa fórmula de su abuelo, *el Estado soy yo*, esto es, el absolutismo francés, el cesarismo pagano, el principio del dios Estado, el Estado omnipotente.

Y en efecto, Felipe V empezó por romper el vínculo de amor y la relación mutua y cariñosa dependencia que siempre unieron á la monarquía y el pueblo español, con que la monarquía vivía bien segura de la fidelidad y religiosa sumisión del pueblo, y el pueblo miraba á la monarquía como parte de su ser, nacida de sus entrañas, formada y engrandecida por sus propias ideas, con su constante concurso, á costa de la sangre y de sacrificios continuos y heroicas proezas de muchas generaciones, mantenida y asegurada por la lealtad y el amor, harto más poderosos que todas las prescripciones de la ley más poderosa. Felipe V empezó por hacer y promulgar una ley de sucesión, lo que nunca hubo en España, pues la ley de Partida no llegó á regir sino como código supletorio desde el Ordenamiento de Alcalá, y su ley de sucesión á la corona no tuvo valor jamás: ni aun en la sucesión del mismo D. Alfonso el Sabio, pues en las Cortes de Segovia se otorgó por el rey y por el pueblo á D. Sancho, contra la mejor línea de los nietos de San Luis y contra el principio que se escribió en las Partidas. Y con la ley de sucesión, traducida del francés ó á lo menos imitada y acomodada al español, regulando la herencia de una vez y para siempre con total apartamiento y absoluta independencia de la voluntad y consentimiento del pueblo en todos los casos que pudieran ocurrir, y atando todos los cabos para que nunca saliese del apellido Borbón, Felipe V quiso trocar en nuda propiedad el señorío, y hacer de España un feudo de su casa. Y realmente la hizo feudo suyo, y feudo ligio, y propiedad de familia, y como tal la trataba cuando enviaba á sus ejércitos á conquistar, no dominios para la patria, sino coronas y estados con que acomodar y heredar bien á sus segundones.

No se contentó con eso. Para él, y para toda su raza, los pueblos no eran vasallos (que viene de *gessell*, compañero),

como para los antiguos señores, sino súbditos y siervos que se manejan como rebaños. Y al terminar la guerra, y ver rendida y exangüe á la mitad de España é incapaz de defenderse, por su sola autoridad, ó mejor, por su propia tiranía, conculcando todas las leyes y derechos tradicionales del pueblo español, removiendo y derribando los más antiguos y sólidos fundamentos de la nacionalidad española, atropellando todas las libertades y hollando y escarneciendo la dignidad del pueblo español, de una plumada abolió los fueros de Aragón, Cataluña y Valencia, á tanta costa y tanto tiempo ganados, mantenidos y perfeccionados; trastornó y desquició aquellas hermosísimas regiones, y dejó sentado el principio de que el Rey, el César, el Poder público, el Estado, hace lo que quiere de las naciones, de sus leyes y de sus más firmes fundamentos, sin consentimiento de los pueblos y aun contra toda su voluntad. La hora aciaga en que la casa de Francia ó de Borbón, nuestra rival secular y enemiga implacable, puso el pié en el solio español, aquella fué la última hora, fin y remate de las tradiciones españolas, de nuestra constitución secular, de los derechos del pueblo, y de sus antiguas y congénitas libertades.

Pasó un siglo de vergonzoso absolutismo, de despotismo inconcebible, de incesante decadencia, de continuas afrentas en que nuestros reyes eran franceses, hijos y nietos de franceses, y nuestros ministros solían ser aventureros irlandeses ó italianos, y entre todos procuraban debilitar y destruir los organismos y medios de resistencia que aún quedaban, desnaturalizar el carácter de nuestro pueblo, corromperle y degradarle á la francesa, á la inglesa, á la italiana, ora al tenor del regalismo galicano, ora según el patrón de la Enciclopedia; pasó un siglo dedicado á envenenar las almas y destruir las creencias de nuestro pueblo, á quebrantar y anular nuestras libres y cristianas instituciones, á cegar las fuentes de nuestra cultura tradicional, de nuestras ciencias, de nuestras artes, de nuestras industrias, y borrar hasta sus huellas en beneficio de las modas extranjeras, y arrinconar ó malvender como trastos viejos sus más preciosos restos; pasó un siglo de destrucción y desquicia-

miento, que si algunos instantes se conmovió con las hábiles y audaces trazas de Alberoni, y algunos días brilló con los tesoros acumulados por la buena administración de Ensenada, bién pronto acabó de entenebrecerse con las brutales tiranías de Carlos III, y caer en todas las ignominias de Carlos IV y Fernando VII. Y estalló la revolución, entre incendios y matanzas y guerras y conmociones y huracanes y terremotos, alborotando y enloqueciendo á los pueblos; estalló la revolución gritando libertad y clamando que con la libertad venía á redimirnos; y su libertad fué mentira, y su redención un engaño, y la revolución un conjunto de todos los males, sin mezcla de bien ninguno, que nos han puesto como estamos. Eran los mismos principios, eran los mismos errores, era el desbordamiento de la misma tiranía con otras formas y otros hombres y otros nombres, y disfrazada y encubierta con la máscara de la libertad.

¿Qué libertad nos trajo la revolución? La libertad que yo tengo ahora para deciros cuanto se me antoje, esto que estoy diciendo ó lo contrario, verdad ó error, bueno ó malo; la libertad de la ignorancia, el error y la perversidad para turbar la paz de los pueblos desprevenidos y sorprender y deslumbrar á las muchedumbres incautas con los mayores absurdos y abominaciones, y quitarles la fe, pervertir su conciencia, y traerlas y llevarlas de motín en motín y de revuelta en revuelta hasta los últimos horrores del socialismo y el anarquismo y la desesperación; la libertad de los partidos políticos para revolver á las naciones y disputarse su dominio y apoderarse de sus empleos y repartirse sus presupuestos, y dividir las, saquearlas, hacerlas pedazos y devorar sus despojos. Pero al pueblo, al pobre pueblo, ¿qué libertad ni qué bienes le vienen, qué desdicha, qué ruina y qué servidumbre no le han venido con semejante libertad?

Cierto que la revolución repartió generosa y magnánima la soberanía entre todos los ciudadanos, y os dió y me dió el derecho de elegir á los que hacen las leyes y fiscalizan al gobierno y elevan y derriban los ministerios. Pero, ¿qué es una gota de agua perdida en el Océano? ¿Qué significa mi voto solo y aislado, ni qué vale el de cada uno de

vosotros frente á los partidos organizados, mientras no nos unamos y organicemos y seamos, como podíamos ser, fuerza superior á la de todos ellos reunidos? Mi misma soberanía, supuesta y figurada, es mi desgracia mayor, y causa ú ocasión de irremisible servidumbre. Porque si quiero que mi voto se cuente, he de sumarlo á los de una ú otra bandería, y darlo sin replicar á quien el jefe me mande. Mas si prefiero abdicar de mi derecho y renunciar á mi soberanía, ó usar de ella solo y aislado, que tanto vale, antes que sacrificar mi libertad y mi conciencia á uno ú otro partido, entonces claro es que también pierdo mi soberanía, pero además lo pierdo todo: porque si quiero que el vecino me respete, y el alcalde no me multe y recargue, y el municipio no resuelva contra mí los expedientes, y el gobernador y el ministro no confirmen su resolución en mi daño, y los repartidores de la contribución no acaben de arruinarme más pronto; si quiero ganar los pleitos que tenga, y adelantar en mi carrera, y prosperar en mis negocios, y respirar, y vivir; si no quiero ser un paria, un ilota, un proscrito en mi patria, por fuerza tengo que hacerme esclavo de alguno de los partidos que necesitan votos para tener mayoría y solicitan el mío, y vendérselo, y entregarme, y ponerme á las órdenes de uno ú otro cacique, del gobernador actual ó del venidero, de este ministerio ó del futuro; porque ser ciudadano es no ser nada, y ser hombre de partido es serlo todo (*Aplausos*), y no hay medio, y hay que optar entre padecer hasta morir con las víctimas ó turnar en el triunfo en compañía y al servicio de los verdugos. (*Aplausos*).

Los partidos se sirvieron de la libertad para alborotar á los pueblos, derribar á los antiguos gobernantes, entronizarse en vez de ellos y continuar su misma obra, sino que en provecho propio. Como los Reyes Católicos en nombre de la justicia, por bien de paz y en beneficio del pueblo, dismantelaron las fortalezas de los grandes revoltosos para destruir su poder y abatir su soberbia; así los partidos, en nombre de la libertad, arrasaron las poderosas instituciones que eran baluarte firmísimo de las libertades de los pueblos, sostén de los pobres y amparo de los desvalidos; en

nombre de la libertad se apoderaron de sus bienes y los repartieron entre agiotistas y logreros para ganar amigos y ligarlos con cadenas de oro á la causa de la revolución; en nombre de la libertad disolvieron ó anularon cuantos organismos había, hasta reducir á la impotencia á todas las fuerzas vivas de la nación, y ser ellos las únicas fuerzas organizadas que quedaran, árbitros de todos los destinos y dispensadores de todos los derechos en la vida social y política; en nombre de la libertad montaron la terrible máquina absorbente y abrumadora de la centralización, con que convirtieron en rueda de la administración central, y en minas de negocios y contratas y empleos, todos los resortes de la vida regional y municipal, y aun la enseñanza, y aun la caridad, y todo lo hicieron suyo y lo pusieron á su propio servicio; en nombre de la libertad armaron esa otra máquina, aún más pesada y horrenda, de la farsa parlamentaria, con que el jefe del partido turnante puede hacer impunemente y sin tasa ni medida cuanto quiera, á la sombra de mayorías por él amañadas para eso y autorizado con la oposición relativa y la complicidad absoluta de minorías también y para eso *encasilladas* (*Risas*); y así el Estado moderno, con su división de poderes, sus prácticas parlamentarias, y todas sus libertades, ficciones y faramallas, en manos de los partidos y en frente de una sociedad disuelta en átomos, ha venido á ser el poder más formidable y monstruoso que han conocido los siglos, como no lo alcanzaron jamás los reyes más absolutos, como no se podía imaginar ni concebir aun en los días de Nino ó los Faraones, de Nerón y de Heliogábalo.

Mas esto es cuanto á la forma; en el fondo aún es mayor la tiranía. Luis XIV y sus descendientes, decían: —*El Estado soy yo*. Los partidos que los han sustituido en el poder, dicen: —Nosotros somos el Estado; nosotros somos la nación, y sus regiones, y sus municipios; nosotros somos la Iglesia, y la enseñanza, y la caridad; nosotros lo somos todo. — El Estado moderno en manos de los partidos se ha declarado pontífice máximo, y quiere ser más que el Padre Santo de Roma, porque el Papa es Vicario de Jesucristo y oráculo é intérprete de la revelación divina; pero el Estado moderno quie-

re ser el mismo dios revelador, principio de toda autoridad, fuente de todo derecho, juez de toda doctrina y dispensador de toda ciencia. Él establece la moral universal en que cada día se han de fundar las leyes; él juzga cuáles religiones son tolerables ó lícitas y cuáles no, y hasta dónde ha de llegar la libertad de mi conciencia, de mi pensamiento, de mi palabra y del culto que rindo á Dios; él determina la doctrina que se ha de enseñar en las escuelas; y aun se permite decidir la religión que cada año profesamos los españoles: la Constitución de 1869 borró la fe, más ó menos viva, que nos concedían las constituciones anteriores, y España se declaró constitucionalmente atea; pero la Constitución de 1876 lo dispuso de otro modo, y volvimos á ser católicos, no por el sacramento del bautismo, sino por la voluntad de D. Antonio Cánovas del Castillo. (*Risas.*) El Estado moderno es maestro universal, árbitro y dispensador de la ciencia; y aunque á veces parezca que da libertad de enseñanza permitiendo á malas penas que haya maestros, colegios y universidades particulares, no hay tal libertad, esos maestros han de enseñar lo que él quiere y como él quiere, para eso se reserva los programas y aun los libros de texto, para eso se reserva los exámenes, se reserva los títulos; y ya podéis enviar á vuestros hijos á que los enseñe quien quiera, que al fin tienen que pasar por el tamiz oficial, se han de formar á imagen y semejanza del Estado, que no los deja ser nada hasta que los ha sellado, y bien sellados, con el sello de la bestia. (*Aplausos.*) El Estado, dueño así de nuestras almas, de nuestros corazones y nuestras inteligencias, es asimismo, y más aún, dueño de nuestras haciendas. Con una palabra decorosa que suavizara y velase la dureza mal sonante del robo, el saqueo y el pillaje, á que pudorosamente llamó *desamortización*, un día quitó sus bienes á la Iglesia, arrebató á los pobres y los enfermos los magníficos palacios y las inmensas riquezas con que la caridad atendía á sus necesidades y dolores, y organizó á su gusto y buen talante las propiedades de los grandes señores; después entró á saco en los propios de los pueblos; devastó luego los montes públicos; y dejó sentado el principio de que la propiedad colectiva es propiedad del Es-

tado, ó más bien, que las generaciones pasadas la acumularon para que el Estado moderno y sus partidos la dilapidasen, derrocharan y repartiesen entre sus paniaguados. Verdad es que, si bien se considera, tampoco el Estado muestra mayor respeto ni guarda más consideraciones á la propiedad individual: tiene por máxima que no se han hecho los gobiernos para mirar por los pueblos, sino los pueblos viven y trabajan y ahorran para mantener y dar todo lo que tienen á los gobiernos (*Risas*); y vosotros sabéis, sin que yo me moleste en explicároslo, hasta dónde llegan las exacciones con que el Estado os empobrece y arruina. Pero no tengáis cuidado, que si vuestro caudal es suficiente para dar al Estado todo lo que os vaya exigiendo mientras os dure la vida, á vuestra muerte habrán de darle vuestros hijos buena parte de lo que les dejéis, y unas cuantas transmisiones de herencia bastarán á acabar con el caudal de las casas y familias más poderosas. Ni lloréis por lo que quede, si algo pudiera quedar, que todo se lo habrán de dar las generaciones venideras, aun sin contar las contribuciones que hayan de pagar á los gobiernos que las rijan, por la deuda insoportable que ha de pesar sobre ellas; porque la voracidad insaciable de los partidos no ha tenido bastante con devorar cuanto nuestros mayores nos legaron, y saquearnos y arruinarnos, y ha devorado también en créditos y empréstitos, ó gravado y deshecho, las haciendas de vuestros hijos y de los hijos de vuestros nietos. (*¡Muy bien!*) El Estado pontífice y dios omnipotente; el Estado maestro y doctor universal; el Estado dueño absoluto de nuestros bienes y de los bienes de nuestros padres y de nuestros hijos. Y aun eso le parece poco, y con tal de absorberlo todo, y disponer de todo, y ser dueño de todo para beneficiarlo todo con sus amigos y paniaguados (no es la primera vez que lo digo, pero es verdad y es gráfico), en los hospitales quiere ser hermana de la caridad y en las inclusas ama de cría. (*Risas y aplausos.*)

Y ese, ese es el principal enemigo que hay que vencer, ese el tirano que hay que derrocar, ese el obstáculo mayor y el peso imponderable que hay que remover si España ha de verse sana y salva y capaz de reponer sus fuerzas quebrantadas.

tadas, recuperar sus energías perdidas y restaurar sus antiguas prosperidades y grandezas. Mientras el Estado lo abarque todo y, para colmo de desdichas, su omnipotencia esté encarnada en esos partidos y turbas de logreros y negociantes políticos; mientras ese monstruo de cien cabezas exista, y tenga todas las fuerzas sociales en la mano, y el pie sobre su víctima agarrotada y rendida, no hay remedio ni esperanza. Pedirle que aminore los tributos, y no haga nuevos empréstitos, y reorganice y abarate los servicios, y ponga tasa en los gastos, y mire por la nación, es pedirle imposibles; ni lo quiere conceder, porque él no está para servir á la patria sino para servir á los partidos, ni podría aunque quisiera, porque las necesidades de los partidos crecen y se multiplican de día en día, y aunque cada día se reducen y merman las fuerzas contributivas de la nación, con que el sacrificio de las que quedan es mayor, él necesita más cada día para vivir y dar pasto á su voracidad insaciable. Entrar en tratos con él, pedirle concesiones, amenazarle con resistencias pasivas, es perder el tiempo y es echarse en sus brazos, es ponerse á sus piés, es enredarse en sus redes, es entregarse á discreción: os engañará mientras os dejéis engañar, se mofará de vuestra inocencia cuando os quejéis de sus engaños, os embargará con recargos y más recargos cuando os neguéis á pagarle cuanto os pida, os tratará como criminales si prolongáis la resistencia; lo que os sucedió ayer os sucederá mañana, y será la historia de siempre; y si le dais, no motivo, sino pretexto, y el lo inventará si no se lo dais vosotros en cuanto llegue á temeros, usará de su fuerza incontrastable y os aplastará. Si la Unión Nacional no ha de ser un nombre vano, uno de tantos propósitos, partidos ó asociaciones que todos los días nacen y mueren con nombre de unión, como hace cincuenta y setenta años todo se hacía y proyectaba con nombre de libertad, porque entonces esa era la moda, pero ahora todos sentimos la necesidad apremiante de que tanta libertad no acabe de triturarnos y deshacernos; si la Unión Nacional ha de ser lo que dice su nombre, y no mera representación de unos cuantos intereses materiales, una de tantas banderías egoístas, un nuevo aspi-

rante al turno y una perturbación más; si la Unión Nacional quiere hacer bueno su nombre, y ser verdaderamente reunión y concentración de todos los intereses materiales y de todos los intereses morales, de todos los derechos, creencias, sentimientos y aspiraciones que constituyen el cuerpo y el espíritu del pueblo español; si de veras quiere ser verbo y brazo de la conciencia pública, del deseo común, del ansia universal, del interés supremo de la patria... ¡ah! entonces tiene que desplegar á los aires la bandera de España con todos sus colores, esto es, con todos los principios del programa castizamente español; entonces tiene que resolverse á dar la batalla, toda la batalla, y poner ó á lo menos intentar el único remedio eficaz, si aún hay remedio en lo humano. Entonces hay que reunir, hay que organizar todas las fuerzas vivas de la nación que aún estén sanas, y eso pronto, eso enseguida, antes que acaben de extinguirse los pocos alientos y escasos ánimos que aún queden, y hay que lanzarlas á arrollar en los comicios á caciques, cuneros y encasillados (*¡Bien! ¡bravo!*); á entrar en el Parlamento y arrojar de allí á los mercaderes de la política (*aplausos*), representantes de los intereses de bandería y de sus personales intereses; á acabar de una vez con los turnos pacíficos y no pacíficos y con el desastroso y desastrado juego de los partidos; á acabar para siempre con los Parlamentos de partido, lonjas de contratación de los vividores políticos, y restaurar las Cortes españolas, es decir, el conjunto de las fuerzas vivas de la nación, esto es, la verdadera representación nacional. (*Aplausos.*) Es menester que el parlamento no sea máquina de hacer y deshacer ministerios, de asaltar los destinos y negociar y medrar; ni palenque de discusión perdurable y revolución continua, donde todos los días se está constituyendo y reconstituyendo y transformando á España sin acabar de constituirla jamás; ni telonio y factoría donde los mismos partidos gobernantes deciden lo que el pueblo ha de pagar y ellos han de cobrar y repartirse en el disfrute del presupuesto. (*Aplausos.*) Es menester que las Cortes vuelvan á ser asambleas de la nación donde los pueblos y las clases sociales se reúnan para hacer las reclamaciones que tengan que

hacer, para pedir y promulgar las leyes que les convengan, para consentir ó no las mudanzas que el gobierno quiera hacer en las ya establecidas, para dar su parecer en los asuntos graves, y para fijar y votar los tributos que deban y puedan y quieran pagar y la forma en que han de pagarlos. (*Aplausos.*) Hay que restituir al poder público toda la estabilidad, toda la fuerza y todos los medios que le corresponden y necesita para gobernar; y hay que despojarle de todos los cuidados que él se toma sin ser suyos y le agobian, ó mejor dicho, agobian á la nación que los paga, porque á el le sirven para tener más empleos, más contratas y negocios que repartir á sus paniaguados. Hay que restaurar los organismos propios de la nación, la vida regional, la vida municipal, los antiguos gremios, las antiguas instituciones con todas sus libertades y derechos, y devolver á la piedad, á la enseñanza y á la caridad el derecho y la posibilidad de vivir con vida propia. Es preciso devolver á España su vida orgánica y sus antiguas libertades, y que sus organismos vivan libres y prósperos, y de la verdad cuiden sus ministros, y la Universidad de la ciencia, y la caridad de sus pobres y sus enfermos, y el municipio y la región de sus propios intereses; y que el Estado se limite á hacer lo único que le incumbe, que es mantenernos en orden, paz y justicia, perseguir y reprimir el mal dondequiera que asome, extirparlo si es posible, y tener y conservar limpia y dispuesta la tierra para que todos los bienes, morales y materiales, puedan prender sin dificultad ni obstáculo, y germinar por sí mismos sin estorbos, y desarrollarse libres y fecundos, cada cual según su naturaleza.

Y al llegar aquí, me sale al paso el recuerdo de una idea extraña, expuesta en esta misma tribuna con un neologismo todavía más extraño, y de la cual quiere hacerse principal objeto y fin último de la Unión Nacional; idea no nueva en verdad, más que en la forma y el nombre, de que voy á decir, si me lo permitís, mi opinión franca y sincera, y la opinión general si mis informes no mienten.

Se dice que nuestros males proceden de que hemos mira-

do mucho á África. ¡Ojalá se hubiese mirado más, para cumplir los designios de Isabel la Católica, Cisneros y Carlos V! Se dice que proceden nuestros males de que hemos mirado poco á Europa. ¡Ojalá no hubiésemos mirado tanto, ni hubiésemos recibido sus dones sino á beneficio de inventario! Se dice que para remediar nuestros males hay que abrir de par en par puertas y ventanas, y dejar que entren é inunden y vivifiquen á España los aires que corren por Europa; se nos dice que todavía eso es poco, y hemos de ir nosotros mismos á respirarlos donde soplan, hasta saturar nuestro corazón y nuestros pulmones.

Si esto quisiera decir que debemos buscar por todas partes la cultura que nos falta, ir á comprar las máquinas é instrumentos que nosotros no tenemos ni sabemos hacer y á adquirir los adelantamientos modernos dondequiera que estén, á traer todo lo bueno y todo lo útil que haya en Europa, y en América, y dondequiera que hallemos algo útil y algo bueno, yo también digo y España entera anhela que traigamos todo eso; y más aún, que vayamos á aprender cómo se hace, y trasplantemos y hagamos nuestras tantas industrias como nos faltan, y perfeccionemos las que hay, hasta lograr que España vuelva á ponerse, como estuvo en mejores días, á la cabeza de las naciones agrícolas y de las naciones industriales, y á ser, como ya fué, centro y primer emporio industrial y comercial de Europa y de todo el mundo. ¿Qué español no lo desea, por amor á la patria y por amor propio, por la cuenta que le tiene?

Pero, ¿no es sólo eso lo que se quiere? ¿Se quiere que vayamos á las otras naciones de Europa para que nos enseñen á pensar, á sentir, á creer, á reformar nuestras doctrinas y nuestras costumbres, á distribuir nuestra riqueza, á gobernarnos y constituirnos? Pues si es eso permitidme deciros con toda sinceridad y franqueza que no lo entiendo. Permittedme recordaros que todas nuestras desventuras, todas nuestras discordias y revueltas, todas nuestras catástrofes y ruinas, de dos siglos á esta parte, llevan el sello de Europa, tienen la marca de fábrica alemana, inglesa ó francesa. A Francia, á Inglaterra y Alemania fuimos á pedir formas po-

líticas, principios políticos, filosóficos, económicos y sociales, y mirad cómo nos han puesto y nos tienen; de Francia nos vino primero el cesarismo borbónico, el cesarismo enciclopédico después, y en fin la omnipotencia del Estado que empezó convirtiendo á España en feudo de una familia, y luego la hizo patrimonio y botín de unas cuantas sectas, y ahora de los partidos; de Francia nos vino la espantosa centralización que acabó de matar nuestras antiguas libertades y de triturar, disolver y hacer presa de los partidos á España; de Francia y de Inglaterra nos trajeron el parlamentarismo, las prácticas parlamentarias, el turno pacífico y el desastroso juego de los partidos que nos está aniquilando; traducidas del francés, del inglés y el alemán, vinieron las nuevas ideas que estallaron, para empezar, en incendios, matanzas, guerras, motines, pronunciamientos y revoluciones sin término, que nos han dividido en innumerables sectas y banderías, en odios de religión, en odios políticos y odios de clase, y para acabar han sembrado en nuestro suelo, más quizá que en ningún otro, los gérmenes del socialismo, el comunismo y el anarquismo; de toda Europa vinieron los empréstitos cuyos intereses nos hacen tributarios de las naciones extranjeras, y los capitales que se llevaron todo nuestro oro y se están llevando todas nuestras riquezas á las arcas de los protestantes y judíos, franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos. Nuestras industrias, nuestro dinero, nuestras leyes y costumbres, nuestro carácter nacional, nuestras creencias, nuestro patriotismo, el espíritu de nuestra raza, todo lo hemos sacrificado á las modas y á la influencia extranjera. ¿Y todavía no hemos escarmentado? ¿Aún no hemos podido enterarnos de que los aires que hoy corren por Europa son aires de tempestad, y de egoísmo y de muerte? ¿Aún no hemos aprendido que cuantas veces hemos pedido socorro á Europa, ó nos ha vuelto la espalda cuando nos podía ayudar, ó si ha venido á nosotros ha sido para corrompernos y explotarnos? No sé en esto lo que vosotros opináis; pero de mí se deciros, y os digo resueltamente, que si tuviera que optar, antes iría á pedir ejemplos de patriotismo, de lealtad y valor á los boers



en el extremo meridional de Africa, que á aprender la perfidia, la crueldad y tiranía de los ingleses en el corazón de Europa. (*Aplausos.*)

España no necesitó nunca ir á ninguna parte ni salir de sí misma para ser grande. Muy abatida y quebrantada, destrozada y deshecha la tienen los partidos; mas, si de ellos se librara, en sí tiene aún el espíritu que tantas veces la levantó de la mayor postración á las mayores alturas, y la llevó á Europa, y á Africa, y á América, y á Asia y Oceanía y por toda la redondez del globo, no á recibir sino á dar y difundir por naciones y continentes y nuevos mundos el Evangelio, la vida, su civilización, su cultura y su savia generosa. Ya sé que nuestros hombres políticos y modernos historiadores, ó traduciéndolo de autores extranjeros que nos conocen mal, ó inventándolo para explicar nuestra ruina sin confesar sus culpas, dicen que ahora está España como debe estar, que sus grandezas pasadas fueron obra de la casualidad, y cayó porque no podía sostenerse á tanta altura; que España es de suyo pobre y miserable porque está en un rincón y extremo del mundo por donde no pasan, ni aun llegan si no es á fuerza de trabajo, las corrientes de la civilización; porque su terreno es quebrado é infecundo, por todas partes erizado de áridas sierras, montes y riscos estériles, falta de ríos caudalosos y escaso de aguas y lluvias; porque sus naturales, belicosos y levantiscos, viven siempre empeñados en asoladoras guerras, nacionales ó civiles, incompatibles con la civilización y el progreso.

Pero más que ahora era España verdadero *finis terrae* cuando el mundo conocido se acababa y los hombres escribían *non plus ultra* en las gaditanas columnas de Hércules; en incesante guerra estuvieron largos siglos iberos, celtas y celtíberos, sus diversas tribus entre sí, y todas con fenicios y griegos, cartagineses y romanos; y con todo eso, la paz octaviana encontró á España siendo la primera provincia del imperio, igual á Italia y no inferior en nada á la misma Roma. De todas partes y á todas horas llegaban á sus puertos poderosos bajeles á buscar el oro abundantísimo de las minas de Galicia y Asturias, y la plata, el cobre, el plomo y

el cinabrio de los veneros inagotables de Sierra Nevada; las andariegas mulas asturianas y lucenses tan encomiadas por Plinio; los caballos andaluces, cuyo poder, ligereza y gallardía cantó en robustos versos Claudiano; los famosos ganados y sabrosos perniles y cecinas de la parte de Lusitania que hoy se llama Salamanca y Extremadura; y los finísimos lienzos de Setabis, los artísticos vasos de Sagunto, las joyantes sederías de Valencia celebradas por Marcial. Málaga competía en riquísimos vinos con el campo de Falerno, de donde trajo las cepas; no había aceite superior al de los inmensos olivares que se extendían á ambos lados del Betis en toda la extensión de su corriente caudalosa; en todos los mercados y en los opíparos banquetes de los romanos poderosos se celebraban los abundantes frutos y riquísimas frutas de este suelo fecundado por una agricultura floreciente, y "por todas las partes cercanas del mar," decía Plinio que "era España la mejor y más fértil de las tierras, sacada Italia." Colonias enteras, como la Hispalense, estaban cruzadas de canales; los principales ríos, Singilis, Anas, Muliades, Menoba, Duero y Miño, Tajo y Ebro y el Betis eran en gran parte navegables. A las treinta y cuatro magníficas vías militares que corrían en todas direcciones por toda la Península, y salvando el Pirineo y los Alpes la unían con Roma, se añadía la red de también enlosados caminos que construían entre sí los Convenios jurídicos y las Colonias. Todavía quedan restos asombrosos de los magníficos puentes tendidos sobre los ríos y sobre los abismos, y de los colosales acueductos que trasladaban de un lado á otro ríos enteros. Y no solamente los eméritos de César que fundaron á Mérida y repoblaron á Córdoba y Sevilla, y los negociantes que venían á lucrarse con tantas riquezas; sino familias poderosas venían de Roma á gozar la benignidad del clima y los regalos de tantas y tan insignes ciudades llenas de industrias y comercio, palacios, templos, termas y monumentos famosos, cercadas de espléndidas quintas, deliciosos jardines, sepulcros, estatuas, columnas conmemorativas, arcos triunfales, como los que aún se ven arruinados á lo largo de la Vía Apia en las afueras de Roma. España daba al imperio filósofos y poetas, li-

teratos, jurisconsultos y sabios como Porcio Latron, Clodio, los dos Sénecas, Lucano, Marcial, Pomponio Mela, Silio Itálico, Columela, Quintiliano, Floro y tantos otros, y más tarde el cantor de nuestra fe, Juvenco, y el cantor de nuestros mártires, Prudencio; aun en los días de confusión y ruina en que el imperio se cuarteaba y hundía, en España resonaba la lira de Draconcio, la elocuencia de Orencio, y de Osío el insigne obispo cordobés, Orosio escribía sus *Historias*, y sus crónicas Idacio; España dió á Roma, después de Augusto, sus más insignes poetas, sabios y filósofos, y emperadores como Trajano y Adriano, y el mayor y mejor de todos ellos, incluso Augusto y Constantino, el gran Teodosio.

*Finis terrae y non plus ultra* del mundo conocido era España en aquellos días de espanto y desolación en que la tierra se estremeció convulsa y atónita, al romper los diques y seculares fronteras de sus bosques y lanzarse frenéticos sobre el Mediodía los inúmeros y feroces pueblos del Norte, al derrumbarse con pavoroso estruendo la inmensa mole del colosal imperio dominador de todos los pueblos cultos; al chocar y mezclarse y derramarse revueltas y asoladoras por todas partes, como lava de volcán y corrosiva podredumbre, entre torrentes de sangre y fuego y destruyéndolo y arrasándolo todo, la barbarie germánica y la corrupción romana, la más horrible corrupción y la más horrible barbarie que vieron jamás los siglos. Los más altos espíritus, las almas mejor templadas, creían llegado el fin del mundo; cuando menos, parecía que toda humana sociedad iba á quedar borrada y extinguida en toda la haz de la tierra. Y de aquella horrenda confusión, de aquel espantoso caos, renació España purificada por la sangre de sus mártires reclinada en los brazos de la Iglesia, grande, poderosa y próspera como ninguna otra de aquel tiempo. Grande por su extensión, que era la de toda la Península y buena parte de las Galias, sin contar las posesiones africanas; grande por la feracidad de sus campos, lo esmerado de su cultivo, la abundancia y calidad de sus ganados, y el auge de sus industrias que proveían de cuanto necesitaba al pueblo, de bien forjadas armas y ostentosos trajes á los señores, y lle-

naban de regalos y comodidades sus alcázares; grande por sus artes, que cubrieron las ciudades de templos y palacios, con cuyos destrozados restos se labró luego la aljama de Córdoba, y fundaron los mismos españoles el arte que se llamó arábigo; grande por la fuerza de sus armas, la pericia de sus caudillos y la política de sus reyes y consejeros; grande sobre todo en santidad y justicia, en sabiduría y civilización, que resplandecen en los célebres Concilios toledanos, en el código inmortal del Fuero-Juzgo y en las obras y nombres gloriosísimos de Leandros é Isidros, ambos Eugenio, el Maestro de las Sentencias, el santo Masona, Braulio de Zaragoza, Ildefonso y Jualián de Toledo.

Y cuando el despecho de una familia destronada, la ambición de sus parciales derrotados y la perfidia judaica pusieron á España en manos de los agarenos, y toda la Península se vió de nuevo asolada, desmantelada y en ruinas por otra irrupción de bárbaros peores que los germánicos, la antigua fe, el antiguo valor y la civilización cristiana fueron vencidos, no extirpados. De las asperezas y angosturas de Covadonga, Cantabria y el Pirineo, donde se habían hecho fuertes, bajan no sólo á reconquistar palmo á palmo la tierra perdida, sino á restaurar y centuplicar las grandezas pasadas; en el fragor de la continua guerra de siete siglos, entre combate y combate y épicas hazañas y no igualadas proezas, vuelven al cultivo los campos asolados; crean y restauran artes, oficios é industrias, tan prósperas y poderosas, que en poco tiempo elevan la importancia é influencia de los municipios, los gremios y el estado llano al nivel y por encima de la nobleza; fundan lugares, villas y ciudades, y les dan fueros y franquicias que son glorioso comienzo de la legislación más sabia y la constitución más cristiana y más libre que jamás tuvo ningún otro pueblo; en las cimas de los montes y en las tendidas llanuras, en poblados y despoblados, labran asombrosos monasterios que guardan los tesoros del arte y la ciencia antigua y preparan las maravillas de la cultura moderna, torres fuertes, y castillos, y palacios, cuyos descuidados restos y abandonadas ruinas son aún admiración de propios y extraños; universidades y colegios

y academias que son faros y luminares del saber en todo el mundo; y levantan á los cielos las asombrosas bóvedas ojivales, los portentosos bosques de gallardísimas columnas, los ligeros muros y rasgadas puertas de maravillosos relieves, las pintadas vidrieras, los admirables retablos, los airo-sos botareles, caladas agujas y fantásticas cresterías de nuestras catedrales, que el arte de nuestros días no sabe imitar, y gracias si acierta á veces á conservar y restaurar. Los diversos reinos crecen, prosperan, cada uno de ellos compite en civilización y poder con las naciones más fuertes y populosas de Europa, la unidad de la fe los va acercando, y hace de todos ellos juntos la gran monarquía española, cuya grandeza no cabe en sus propios límites, y desborda, y extiende y dilata su poder, su civilización, su fe y su lengua por cuanto alumbra el sol en las cinco partes del mundo. Nuestros marinos completan el orbe de la tierra descubriendo innumerables islas y dilatados continentes perdidos en la inmensidad de los mares, y España es el único pueblo que puede civilizar, y civiliza y dota de industrias prósperas, y agricultura floreciente, y ciudades magníficas, gimnasios y liceos, ciencias, artes y letras á numerosos pueblos é imperios que hoy constituyen numerosas naciones. Nuestros grandes capitanes son los primeros del mundo, y nuestros ejércitos invencibles pasean en triunfo la cruz de Cristo y la bandera española por todo el globo; nuestros teólogos son los primeros en Trento; nuestros filósofos hacen enmudecer á los protestantes, como Suárez á Jacobo de Inglaterra; nuestros juristas aquilatan y perfeccionan con incansable trabajo la justicia de nuestra legislación, y sus comentarios se estudian en todas las naciones; á la par con el derecho canónico y el derecho romano; nuestros santos arrebatan las almas y fortifican el espíritu de los pueblos con sus obras y sus libros incomparables, y fundan legiones de santos que llevan las enseñanzas de la Iglesia y la luz del Evangelio, y de todas las ciencias, á través del espacio por todas las naciones cultas y bárbaras, y á través de los siglos de generación en generación hasta el día de hoy. Nuestra lengua es la oficial, con la lengua de la Iglesia, entre Estados y

naciones; nuestros artistas compiten con los de Italia y Flandes, cuando no los exceden; nuestra literatura sirve de modelo á las de todos los pueblos, incluso Italia; Shakespeare y sus sucesores sienten su influencia, y Corneille y Molière toman de ella los fundamentos de la suya. Y en proporción con las maravillas del espíritu progresaban y florecían las riquezas materiales. La minería sacaba de las entrañas de la tierra, en prodigiosa abundancia, toda especie de metales, que el comercio llevaba á todos los mercados del mundo; la variedad de climas y lo esmerado é inteligente del cultivo producían y exportaban á todas partes cuantos frutos se dan en Europa y en los trópicos y en todas las latitudes; y los extranjeros que entonces venían á España, como ahora van los españoles á Francia ó á Inglaterra, á educar á sus hijos, á aprender nuestro idioma y nuestras artes y ciencias y aun nuestras modas, decían que España era fecundo plantel de huertos y bosques, Valencia su jardín, y Granada su paraíso. Cientos de miles de obreros tejían todo género de telas en Barcelona, Medina, Avila, Ciudad Real, Toledo, Villacastín, Úbeda, Baeza; los paños verdes y azules de Cuenca eran muy solicitados en la costa de Africa, en Turquía y toda la escala de Levante; la lana de nuestros merinos, los paños de Segovia, los cueros y la orfebrería de Córdoba, las espadas de Toledo, las armas de Barcelona eran las mejores del mundo, y la industria moderna no ha podido nunca igualar las manufacturas, los tejidos y bordados de seda y oro de Sevilla, Talavera, Toledo, Valencia, y Granada. En los mercados de Burgos, Valladolid y Medina del Campo, circulaban sumas inmensas en letras de cambio, en monedas y barras de oro y plata. Barcelona era el primer puerto y emporio del Mediterráneo, Lisboa del Atlántico, y Sevilla era el centro comercial del Nuevo Mundo y el Antiguo. Sin contar las poderosas naves que vencían á los turcos y salvaban á Europa de su furor en Túnez y Lepanto, ó aquellas otras de la *Invencible* destrozadas por los temporales, obras todas ellas de la industria nacional que entonces no necesitaba en nada de la extranjera, numerosas escuadras de guerra vigilaban nuestras costas y paseaban los mares infestados de

piratas, para proteger á los tres mil buques mercantes que iban á Oriente y á Occidente, no á pedir, sino á llevar los productos de nuestra agricultura, de nuestras minas, de nuestras industrias, y la luz de la fe, de la piedad, de la civilización y la cultura que irradiaba el primer pueblo del mundo sobre todas las naciones de la tierra. (*Grandes aplausos.*)

No quiero acabar sin prevenir una objeción que ya me parece estar zumbando en mis oídos. Alguien habrá que, prescindiendo de lo demás, os dirá que si me opongo á volver los ojos á Europa es porque me deslumbran y espantan los modernos inventos: la eterna y ridícula cantilena de que los íntegros, como nos llaman, somos enemigos de la libertad, de la civilización y el progreso.

Y en lo que toca al progreso y la cultura en general, cuanto llevo dicho prueba, y en todos mis discursos se ve, que eso no es verdad, porque no perdono ocasión de encarecer y alabar, con todo el entusiasmo de mi alma, y tanto ó más que nuestras glorias militares, políticas y literarias, el progreso de las ciencias y las artes y el florecimiento de los intereses materiales cuando imperaban en España las ideas que sustentó; y uno de los argumentos que uso hasta la saciedad contra las ideas y los partidos que enloquecen y esquilman á nuestra patria sin ventura, es el destrozo que han hecho y la ruina que han causado en todos sus intereses morales y materiales. Y respecto á los descubrimientos modernos, ¿qué cristiano, qué creyente puede mirarlos con desamor y sin entusiasmo? Porque la incredulidad del siglo pasado fué á buscar en las ciencias naturales argumentos contra nuestra fe, y no hay una sola verdad científica definitivamente averiguada y establecida que contradiga á la revelación, y muchas de ellas humilde y plenamente la confirman. La unidad de nuestra especie, por ejemplo, el primitivo idioma y único y la confusión de lenguas, el diluvio universal, la significación del arco de la alianza, la distinción de la luz y el sol, el orden de la creación y tantas otras verdades que los fieles creían y confesaban por la fe y á pe-

sar de las burlas de los incrédulos, al cabo de cuatro mil años han sido averiguadas por la razón, que se ufana y envanece de sus descubrimientos tardíos, y más debía humillarse, confundirse y avergonzarse de su tardanza y torpeza. La crítica y la erudición histórica han progresado en este siglo tanto como las ciencias naturales; á su luz desaparecen las nieblas con que protestantes y racionalistas procuraban oscurecer las glorias cristianas, y ya la misma impiedad ve y confiesa que los siglos de mayor fervor católico fueron nuestros siglos de oro, y la revolución y el libre examen no hicieron sino interrumpir y torcer la marcha triunfal de la civilización europea; nuevos descubrimientos realzan más cada día y añaden nuevos lauros á la cristiana política de Carlos V y Felipe II; y la experiencia de los fracasos pasados y el temor de los peligros presentes y futuros, hunden en el descrédito al acabarse este siglo y condenan á eterno desprecio las doctrinas anticristianas que los pueblos aclamaban en los comienzos de esta centuria como fuentes inagotables de prosperidad y bienandanza. No, ningún cristiano, ningún creyente puede abominar de la civilización y el progreso que, si de veras lo son, han de dar testimonio de la verdad en que creemos y adoramos; y que no pueden hacer más grande á Dios, pero contribuyen á engrandecer la idea que de Dios tienen nuestros pobres entendimientos.

Dios estableció al hombre rey de la tierra para que conociese sus maravillas y de ellas usase y por ellas y con ellas le alabase: ¿qué cristiano, qué creyente no se alegra de hallar cada día nuevas maravillas por que tributar á su Dios nuevas alabanzas? ¿Quién no alaba á la omnipotencia divina al descubrir esas fuerzas colosales, tantos siglos desconocidas, con que allanamos los montes y elevamos los abismos que se oponen á nuestro paso, dominamos los vientos y forzamos y vencemos las corrientes de la mar, se ponen en movimiento millares y millones de máquinas que multiplican y abaratan los productos de la industria y la agricultura, rodeamos en breves días toda la tierra, nos ponemos en comunicación inmediata con los últimos confines del mundo,

y abarcamos en conjunto todas las grandezas que en él puso Dios? ¿Y quién no rinde gracias á la divina providencia que nos abrió los ojos para que viésemos esas poderosas fuerzas cuando el aumento creciente del género humano, y su dispersión y establecimiento á tantas distancias por toda la redondez del globo, hacía insuficientes los antiguos medios de producción, y poco menos que inútiles las comunicaciones antiguas para ayudarse unos pueblos á otros en sus necesidades ordinarias y socorrerse en las grandes calamidades, sequías, inundaciones, hambre y desolación, que acabarían sin remedio con naciones enteras sin el pronto auxilio de las demás? ¿Cómo no celebrar los inventos modernos que nos hacen ver á través de los cuerpos, y admirar los prodigios que yacían ignorados y ocultos en la oscuridad, ó nos muestran nuevos mundos de seres infinitesimales, antes invisibles, más importantes é influyentes en nuestra salud y en nuestra vida, y no menos admirables, en su portentosa pequeñez, que la grandeza inenarrable del universo sideral? ¿Quién no siente admiración y entusiasmo por los inventos modernos y el progreso de las ciencias, cuando en el inmenso reposo y silenciosa armonía de los cielos estrellados miden, como en la esfera de un reloj, el movimiento celerísimo que la imaginación no alcanza á concebir, con que millones y millones de astros voltean centelleando alrededor de millones y millones de soles, que á su vez giran en torno de otros soles, que tal vez no son sino satélites de otros astros; ó cuando cada día descubren nuevos mundos resplandecientes á inmensas distancias más allá de todos los conocidos, sin que haya en la tierra ojos que puedan ver ni entendimiento que pueda adivinar dónde empieza y dónde acaba esa infinita muchedumbre de mundos resplandecientes, cuál es y dónde está el punto central ni el término de la creación visible; ó cuando ven y aquilatan las riquezas y portentos y hermosura que cada astro atesora, y con el P. Secchi declaran imposible y absurdo suponer que son vastos desiertos vacíos de seres racionales que los disfruten y admiren, y nos hacen presentir millones y millones de humanidades distintas de la nuestra, que quizá no pecaron como nosotros, que si pecaron pudieron ser re-

dimidas por la sangre de Jesucristo, sin contar las maravillas que Dios haya querido obrar en ellas, y recorren los espacios sin límites publicando la gloria de Dios, como los ángeles en el cielo y en la tierra los hombres de buena voluntad? (*Aplausos.*)

No, nosotros no maldecimos de la civilización; nos quejamos, al contrario, porque el progreso es deficiente, es un progreso truncado, progreso á medias, desequilibrado y loco, y nosotros queremos más progreso, progreso completo y civilización verdadera. Porque es cierto que progresa la crítica histórica, pero en mayor proporción decae la ciencia social y el arte de la política, y es cada día mayor la inquietud y más triste la suerte de los pueblos; es muy grande el progreso de las ciencias naturales, pero incomparablemente mayor la decadencia moral. Todos los días quisiera yo que se inventasen nuevas máquinas que multiplicaran é hiciesen asequibles para la multitud los productos necesarios ó útiles de la agricultura y la industria; pero quiero también que el dueño no se sirva de la máquina para estrujar con ella á los obreros y aun á las mujeres y los niños. (*¡Bien! ¡Muy bien!*) Deseo que prosperen y progresen los ferrocarriles, los telégrafos y los teléfonos, y faciliten al hombre, rey de la tierra, el dominio de su imperio; pero no quiero que esas redes de alambre y hierro sirvan á un gobierno tiránico para sofocar hoy las legítimas aspiraciones de una ú otra región, mañana quizá la organización y las más inocentes y justas manifestaciones de la Unión Nacional, el día que se le antoje para acabar de agarrotar y ahogar la libertad de los pueblos, y todos los días para difundir errores y maldades por todas partes. Ni aun me espanta que progresen y se multipliquen los medios de destrucción, si han de servir para vencer cuantos obstáculos se opongan al curso y propagación de la cultura y el progreso; pero me horroriza que la decadencia moral haya llegado á engendrar el anarquismo que emplea la dinamita en hacer guerra á la sociedad, destruir sus obras y ver de aniquilar al género humano. Progrese enhorabuena el arte tormentaria, que tan adelantada está, si es para hacer inexpugnables á los pueblos contra las agresiones injus-

tas, ó llevar en triunfo á todas partes la verdad y la justicia; pero ¿en qué ha de parar tanto progreso material, si la decadencia moral pone en manos facinerosas tantos y tan poderosos inventos que sólo sirven para que los ricos esclavicen á los pobres, ó los pobres enfurecidos hagan saltar hechos pedazos á los ricos con todas sus riquezas; para que las facciones tiranicen y aniquilen á los pueblos, y las naciones más fuertes se repartan los despojos de las débiles; hasta que ya no queden sobre la tierra sino los imperios más poderosos, y soberbios se acometan en tremendo y pavoroso combate, y el que más pueda se alce con la tiranía universal, que ayudada y servida por todos los progresos modernos, habría de ser la tiranía más espantosa que jamás vieron los siglos? (*¡Muy bien! Aplausos.*)

No; sin progreso moral, sin principios morales, no hay progreso, no hay civilización. Y tampoco hay libertad.

Porque esta falsa libertad, que hace á los hombres libres é independientes de todo principio superior, de toda verdad indiscutible, de toda ley divina y regla moral que no sea la libertad de su razón, la libertad de su palabra, su libre examen, su propio juicio y su propio querer, no es en suma, y ya se ve por sus frutos, sino el relajamiento de los vínculos sociales, el desquiciamiento de las sociedades que ya no tienen fundamento seguro ni centro de unidad. Es este estado de discordia perpetua, de revolución continua, de lucha perdurable en que vivimos, razón contra razón, partido contra partido, escuela contra escuela, región contra región, clase contra clase, pugnando todos sin tregua ni descanso, en revuelta y horrible confusión y á menudo entre torrentes de sangre é incendios y catástrofes, por mudar y variar cada día los fundamentos y la constitución de la sociedad. Es este estado de conmoción crónica, desesperada agonía y trance de muerte en que estamos, cada día peor, años y años y todo este siglo; es la destrucción de la sociedad á mayor ó menor plazo; es el primer principio y conduce al último fin del anarquismo; es el anarquismo á fuego lento; y no es inmediatamente y desde luego la total disolución, la anarquía

completa, el caos social, porque la necesidad que tenemos por ley natural de vivir en sociedad y el instinto de conservación tienen todavía fuerza para resistir, cada vez más quebrantada, á la lógica de las ideas modernas y al desapoderado amor á esa libertad insensata, deletérea y absurda.

Pero mientras llega ó se consuma á toda prisa y con movimiento acelerado la disolución final y total acabamiento, á malas penas contenido por la necesidad social y el instinto de conservación, esa falsa libertad que emancipa á hombres y pueblos de todo principio superior, esa libertad mentida que entrega todas las cosas y aun los primeros principios á las disputas de los hombres, esa falsa libertad, esa libertad adúltera, esa libertad liberticida, fatal y necesariamente tiene que engendrar la más espantosa de las tiranías; porque al encontrarse todas esas razones y voluntades que no tienen más ley ni otra norma que su propio pensar y querer, al choque inevitable de todas esas libertades, en los problemas económicos, en las cuestiones políticas, en los conflictos internacionales, en todas las cosas y todos los casos de la vida social, indefectiblemente ha de suceder, como sucede, que la libertad de los más fuertes domina, esclaviza y ahoga á la libertad de los más débiles, como en las revueltas aguas del mar el pez mayor devora al más chico. (*Aplausos*). Así el capital poderoso explota libremente y sin piedad á los jornaleros, hasta que los jornaleros unidos tienen fuerza para imponer la ley de su libre voluntad á sus verdugos; así los partidos triunfantes moldean á su antojo y libremente se reparten como botín á los pueblos, hasta que otras ambiciones y otras codicias, no menos libres, logran tener más fuerza y derrumbarlos, suplantarlos y hacer suya la presa; así las naciones más fuertes se apropian ó reparten con toda libertad á las naciones más flacas; y así van las muchedumbres, así van los pueblos, así va el género humano, emancipado y libre de todo principio superior á la humana libertad, conturbado por la lucha de tantas pasiones libres, sacudido por todos los encontrados vientos de doctrina que ha desencadenado la libertad, sin norte fijo, sin funda-

mento seguro, á merced de la voluntad prepotente y libre antojo del patrono, de la empresa ó los huelguistas, de la facción, el tribuno ó el caudillo, de la fuerza, en suma, que cada día y en cada cosa triunfe sobre las demás. (*Aplausos.*)

No, no puede haber libertad, ni progreso, ni civilización, ni orden, ni concierto, ni sociedad estable, libre y próspera, sin un principio moral superior á la voluntad humana; sin la santa verdad imperando sobre hombres y pueblos; sin la ley eterna que regule todas las cosas en justicia y caridad, y refrene á los fuertes, y ampare á los débiles, y humille la soberbia de los poderosos, y sofoque las iras de los pequeños, y enseñe á los reyes á reinar, y á los legisladores á hacer leyes justas, y á los altos á mandar, y á los súbditos á obedecer según la voluntad de Dios y no según el capricho y las pasiones de los hombres. (*Aplausos*). Sin un principio de unidad, independiente de las pasiones humanas, superior á la humana voluntad, los elementos sociales se disgregan, las sociedades se disuelven sin remedio como cuerpos sin alma, después de agonizar, convulsas y delirantes, más ó menos días bajo el peso del despotismo que las mantiene unidas breve tiempo y al fin las aplasta y se hunde con ellas: así la Roma de los Césares, olvidada de toda idea moral, entregada á innumerables ídolos y opiniones, *quot homines tot causae*, se deshizo y pereció tras horrenda tiranía; así las sociedades modernas se dividen y deshacen en confusión y licencia, agobiadas además por la inmensa pesadumbre del Estado omnipotente. Con unidad de doctrinas aunque falsas, con un principio de unidad falso pero fijo, y una autoridad despótica y como de hierro que lo sostenga, las sociedades pueden vivir largos siglos; pero estancadas y en estado de momias como los imperios de Oriente, ó embruteciéndose más y más de siglo en siglo y de día en día, como los pueblos islamitas de Africa, de Asia y de Europa. Sólo la verdad es fecunda; sólo la verdad nos hace libres; sólo la unidad en la verdad hace á los pueblos libres, firmes y prósperos; sólo el que es la verdad, el camino y la vida, pudo arrancar á las naciones de los horrores de la corrupción romana y de la barbarie germánica, y llevarlas de progreso en progreso á los esplendores del si-

glo xiii, á las luminosas alturas y deslumbrantes grandezas de los siglos xv y xvi, nuestros siglos de oro; porque la tierra era el caos y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, pero el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, y de las tinieblas y del caos hacía brotar la luz, el calor, el orden, el movimiento y la vida. (*Grandes aplausos.*)

¡Dicen de mí y de los que piensan como yo, que somos enemigos de la libertad! Y lo que sucede es lo contrario, que nos ahogamos y sentimos morir, y protestamos y clamamos sin cesar, bajo el peso insoportable de esa autoridad absorbente y centralizadora que en todo se mezcla, y todo lo maneja, y todo lo desconcierta y aniquila en provecho de unos cuantos. Porque la autoridad política, según su teoría, es una invención humana para centralizar y dirigir todas las cosas según sus opiniones de cada día, es la fuente mudable y tornadiza de toda moral y toda justicia, juez de todas las doctrinas y de todas las acciones, dispensadora de todos los derechos, reguladora y partícipe de todos los intereses, es el imperio moral y material del hombre por el hombre ó de los más sobre los menos, es todo lo que ya os he dicho, es una monstruosidad; pero en la práctica es el triunfo de los más osados ó más fuertes sobre la generalidad inerme é impotente, es la aspiración constante de todas las codicias, es la satisfacción de todas las concupiscencias, es el goce del poder, el disfrute y reparto del presupuesto, la presa que se disputan los ambiciosos, el juego de los partidos, la pasión y muerte de las naciones á manos de las banderías que turnando las detentan hoy, y de las que acechan la ocasión de apoderarse de ellas para detentarlas mañana.

Y la autoridad no es eso, es lo contrario de eso, es un sacrificio continuo, es la abnegación de las abnegaciones. La autoridad viene de Dios, á gobernar á los pueblos según la ley de Dios, á mantenerlos en paz y justicia, á reprimir todo mal, á asegurar la libertad de todo bien, y el que la ejerce ha de sacrificar su interés, y el descanso, y el sueño, y todos los momentos de su existencia, y su sangre, y su vida por los pueblos de que ha de dar cuenta á Dios. ¿Queréis el modelo eter-



no de la autoridad? ¡Ah! Dejádmelo decir, porque aquí se resume y condensa la sustancia de este discurso y de todos mis discursos; dejad que lo repita aquí una vez más, como lo digo en todas partes, porque este es el primer principio y último fin de todos mis pensamientos y de todas mis convicciones, de toda mi política y todas mis propagandas. El principio de toda autoridad es Dios, y la norma suprema y el eterno modelo de toda humana autoridad es el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas visibles é invisibles, bajando del cielo á la tierra á cumplir y enseñarnos la voluntad de su Padre, y á compartir y santificar nuestros dolores, á remediar nuestras miserias, á padecer por nosotros, á dar la vida en una cruz por la salud de los hombres. Y yo no sé lo que sentiréis vosotros, ni hasta dónde llegará vuestro amor á la libertad; de mí sé deciros que podrá traerme y llevarme quien tenga fuerza y poder para sujetarme y arrastrarme; pero mi voluntad no se rendirá nunca al dominio del hombre por el hombre; acataré á la autoridad porque procede de Dios, y no obedeceré jamás á quien me mande contra la voluntad divina; sólo serviré gustoso á la autoridad que me gobierne según la eterna ley; sólo me sacrificaré con alegría por la autoridad que dé gloria á Dios y esté dispuesta á sacrificarse por mí y por mi bien como por mi bien se sacrificó Dios mismo. (*Grandes aplausos.*)

Acabo ya; perdonadme lo que os he molestado. (*Muchas voces: ¡No, no!*) Os he dicho, según mi leal saber y entender, lo que España necesita, lo que España quiere, lo que España espera de quien tenga voluntad, fuerza y ocasión de socorrerla y salvarla. Las circunstancias ponen hoy en vuestras manos medios y resortes de poderosa eficacia, y no pueden ser más oportunas para vosotros, ni más favorables á vuestra acción. Sois una esperanza: ¡ojalá no se desvanezca como se desvanecieron tantas otras! Sois una fuerza poderosa, y seriais á mi juicio incontrastables si empuñaseis y dieseis al viento resuelta y briosamente la única bandera que todavía puede despertar y unir las mayores energías, la única bandera en que se cifra y se cifró siempre la salud de

la patria. ¿Acometeréis la gloriosísima empresa? ¿La llevaréis á feliz término? Nada se puede sin la ayuda divina; pero Dios no falta á quien de veras le busca, y supuesto su auxilio, de vosotros depende, por lo menos, emprender la obra con recta intención y ánimo decidido de no abandonarla, cueste lo que cueste, hasta llevarla á cabo. Si así lo hicieréis Dios os lo premie, y si no os lo demande. (*Ruidosos y prolongados aplausos. El orador es objeto de calurosas y entusiastas felicitaciones.*)

---



1024983

